

CRISTIANDAD

Año XXXV - NUMERO 567

BARCELONA

JUNIO 1978

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

LA IDEA FUERZA DE CRISTO REY Y EL HOMBRE DE MAÑANA DE LA TINIEBLA A LA LUZ I

LA IDEA FUERZA DE CRISTO REY CULMINACION, PARA EL HOMBRE DE HOY, Y SOBRE TODO, DEL MAÑANA, DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS II

Luis Creus Vidal

DAVANT LA IMATGE DEL SACRAMENTISSIM COR DE JESUS

Miquel Costa i Llobera

EL ESPIRITU SANTO AMOR PERSONAL DEL CORAZON DE JESUS

Ricardo Marimón Batlló, Pbro.

«APRENDED DE MI...»

Fray Antonio de Lugo, O.S.H.

¿SE DEBILITA LA FE? HABLEN NUESTRAS COSTUMBRES «YO SOY LA LUZ DEL MUNDO» SEMBLANZA BIBLICA DEL SACERDOTE

Severiano del Páramo, S. I.

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

EN EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

LA IDEA FUERZA DE CRISTO REY Y EL HOMBRE DE MAÑANA

I

DE LA TINIEBLA A LA LUZ

EN PLENA TINIEBLA

¿Es que jamás, a lo largo de la Historia, el hombre —y, por tanto, el **hombre de hoy**— se ha hallado ante un presente y, sobre todo, ante un porvenir más tenebroso?

No en vano, desde hace ya décadas, el sello típico de nuestra época es éste: la angustia.

Llevamos más de medio siglo —mucho más— «esperando llegue la Paz» —esta misma frase bíblica del Profeta ya la recordaba en 1922 el gran Pío XI— «y la paz no ha llegado». Ni llegará.

El mundo se halla en perpetua expectación. Espera un amanecer, ansía la luz. Pero la aurora no llega. ¡Paz! ¡Reconciliación! ¡Concordia! ¡Diálogo! ¿Quién, humanamente hablando, puede ya creer en estas cosas?

Todo es caos.

En la base donde debe establecerse todo, en la Religión, asistimos, impotentes, a la descristianización de la sociedad. La desacralización está llegando a su meta. Ya no hay Fe.

Primero se le discutieron los divinos derechos sobre la sociedad. Luego se dudó de su existencia. Y, al fin, se proclamó «su muerte». «Dios ha muerto».

Y se habla siempre de los mismos tópicos: libertad, derechos humanos, reformas, cambios..., ¿quién cree en ellos? Casi la mitad de la humanidad los tiene negados, sobre todo allí donde más se alardea de ellos.

TRAGICA CONJUNCION DE CALAMIDADES

Y, al mismo tiempo, cuando la técnica parecía haber de aportarnos una era de felicidad (¿no hemos llegado, hasta, a la Luna?), esta misma técnica se revuelve, rebelde, contra el hombre. Lo esclaviza, en lugar de estar a su servicio. Ya no son los inventos directamente destructivos los

únicos en atormentarnos: bástanos el actual ahogo en la vorágine de la vida moderna, la visión del ajetreo inhumano en nuestras ciudades, la población, todo cuanto queráis. Y, como directiva práctica de nuestro quehacer diario, caemos, en fin, bajo la dictadura de la Computadora.

El arte moderno es la expresión de un verdadero aquellarre. Cencerros en la música, monigotes en la pintura, mamarrachos doquier. Y el pensamiento moderno, la actual filosofía, ¿no parecen ya devenir materia reservada para asistencia psiquiátrica?

La moral ha tocado fondo. Los viejos, clásicos y humanales vicios, han sido aún superados, mejor dicho, anegados por una mil veces mayor y pestilente pornografía. El calificativo «porno» priva hoy en todo (hasta existe la «pornopolítica»). Y también todo, a su vez, ha sido arrollado por la última abominación, la horriblemente típica de hoy: la «reivindicación», ¡la honra tributada a todo cuanto es vicio **contra natura!** Se ha llegado a escribir, por desdichadas plumas periodísticas, en forma que nos hace estremecer, atreviéndose a desafiar la divina justicia; «¡no tememos ya el fuego del cielo, como Sodoma y Gomorra!»; se ha llegado, y en letras de imprenta, a blasfemar!!!

Y, tras de todo este telón, la amenaza constante del justo castigo de Dios: la guerra. Que, ahora, ya siempre es inevitablemente universal. Y cuyo símbolo no son ya los viejos y heroicos cañones, ni los uniformes brillantes, sino el negro y trágicamente grotesco infernal «hongo» de Hiroshima.

EL TRISTE HOMBRE DE HOY: BUSCA, GIME Y LLORA

Y el hombre, este pobre hombre, perdido y desamparado, desde lo hondo del abismo, eleva los brazos, mira hacia lo alto, implora un salvador.

Y gime y llora. Y reclama **un salvador, un hombre**. La Historia, sobre todo la contemporánea, está llena de esto: de la búsqueda de **un hombre**.

Y de **un hombre que tenga corazón**. Mas, ¿dónde hallarlo? ¿Dónde, con una capacidad infinita para sentir y aliviar este océano de amarguras?

Y un corazón que **comprenda**. La mitad de la curación adviene al pobre enfermo desorientado tan sólo si, por una extraña fortuna, se siente comprendido. Si sabe que su médico le ama, le protege, y, al mismo tiempo, que posee la ciencia y la visión de un certero diagnóstico, le acompaña en el sentimiento y la comprensión del por qué de sus angustias. ¿No es así?

Y el hombre de hoy, la sociedad, no le hallan.

Porque no saben buscarlo sino por medios naturales. ¿Cómo encontrarlo- ¡Si este hombre soñado necesitaríamos tuviese la infinita capacidad de un Dios!

AUN CUANDO TENEMOS LA DIVINA PROMESA DE LA PERPETUA PRESENCIA DEL REDENTOR

Es cierto que, por grandes que sean las actuales tinieblas y nuestros tremendos tiempos, por nuestra fe —¡aun cuando seamos hombres con tan poca!— y la seguridad que nos dio Cristo —según nos dice en su final San Mateo (28, 20)— de que «permanecerá con nosotros hasta la consumación de los siglos», sabemos que nuestra Iglesia permanecerá siempre firme... «y que sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella (Mateo, 16, 18)».

Veinte siglos ha que la Iglesia atraviesa toda clase de singladuras, y la Nave de Pedro siempre parece a punto de zozobrar. Mas no zozobra ni zozobrará nunca.

Es la continuación del admirable Proceso y Economía de la Redención.

Dios tuvo piedad del hombre caído. Y estableció dicha Redención, «una segunda Creación más admirable aún que la primera», como exclama el ritual. Y tanto amó al mundo, que le mandó a su Hijo, para que no sólo fuésemos perdonados, sino algo infinitamente mejor: divinizados, al hacernos nada menos que sus hermanos, al tomar carne de la Benditísima Madre nuestra la Virgen María, Esposa del Espíritu Santo, Divino canal de la Gracia.

Y «fue a los suyos», y éstos no le recibieron. Mas, rechazado por éstos —Víctima en holocausto del propio rechazo—, crucificado y muerto después de habernos dejado su Memorial, su Pre-

sencia real y sacramental, anuncio y expresión de su Redención, nos constituyó a todos en su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. «No soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí», exclamamos todos desde entonces con San Pablo. Y quiso dignarse, de algún modo, a que esta Iglesia, este Cuerpo Místico colaborase, completando en alguna forma los Méritos (aun cuando ya fuesen suficientes, y más que ello, por infinitos) de su Pasión. Y sufrimientos que quiso continuásemos nosotros. Por ello, la vida de estos veinte siglos de Iglesia, y de los que vengan, no eran otra cosa que la continuación de su Obra divina como si «añadiésemos algo que faltase completar». Y esto constituye, a la vez que su propia naturaleza, la historia de la Iglesia. Y es la misma Teología de la Historia.

Del triunfo definitivo no podemos, pues, dudar. Cristo nos lo dejó todo, en esencia, hecho, acabado y coronado definitivamente en Pentecostés, con la efusión del Espíritu Santo prometido. Y, en el Apocalipsis, el Apóstol San Juan, en aquel grito inefable que hoy repetimos en la Misa: «¡Ven, Señor Jesús!», cerró toda la Revelación. Oficialmente, Dios Padre, el Santo Espíritu y Jesucristo, segunda Divina Persona, Actor de todo, ya no tenían más que añadir esencialmente: todo estaba dicho, todo hecho. Y los tiempos irían desarrollando todo el Plan de Dios. Quien, en definitiva, lo conduce y gobierna todo como Señor Supremo.

«CREEIS QUE CUANDO VUELVA...»

Ahora bien: si en el fondo, si en la base estamos absolutamente seguros de cuanto hemos expresado, esto no nos libra de sentir la tremenda zozobra de nuestro tiempo, el ataque desordenado, y actualmente (¿por qué no reconocerlo?) temporalmente victorioso, de Satanás, que pretende derruir la Fe de muchos: la nuestra propia, ante la ofensiva de su fuerza inmensa y pavorosa.

Ya en una ocasión Jesucristo hizo a sus apóstoles esta impresionante previsión: «¿Creéis que cuando vuelva el Hijo del Hombre hallará fe sobre la tierra?». Y en su sermón escatológico proclama esta profecía, que casi se nos antoja aplicable a nuestros días, ante las pruebas a que se nos somete nuestra fe: «Porque serán tales la tribula-

ción de aquellos días, cuales no se han visto desde que Dios creó el mundo, hasta el presente, ni se verán. Y si el Señor no hubiese abreviado aquellos días, no se salvaría hombre alguno: mas en gracia a los escogidos, que El eligió, los ha abreviado» (Marcos, 13, 19, 20).

Juan anunció tiempos escatológicos cuando Satanás, Príncipe de este Mundo, coaligue todas las fuerzas del mal en una nueva y suprema rebelión. ¿Es que estamos ya en ellos?

Y ESTAS LINEAS VAN DIRIGIDAS A VOSOTROS, SOCIOS DEL APOSTOLADO, HOMBRES DEL MAÑANA

Estas líneas que escribimos van dirigidas a nuestros hermanos, socios del Apostolado de la Oración, expresión la más perfecta de la Devoción al Corazón de Cristo.

Todos la conocen y la gustan.

No hemos de repetir una vez más su bellísima y consoladora historia: mas sí señalar su enorme actualidad: para el hombre de hoy y más aún para el de mañana. Hoy nos preocupamos mucho y exageramos —quizá inficionados por el espíritu de soberbia actual— del **hombre de hoy**. Todo nos parece poco para él. Pero aquí vamos a sobre-pasarlo: nos vamos a preocupar de algo más: del **hombre de mañana**.

Hablemos del Corazón de Jesús.

Sabemos perfectamente que es devoción que se basa en una Revelación (por así decir) **privada**. El ciclo de la Revelación oficial quedó completo y acabado con el último Libro, el Apocalipsis, y con aquel grito (que antes hemos citado) que lo cierra: «¡Ven, oh Señor Jesús!» Apoc. 22, 20). Esencialmente, desde la muerte de Juan, el último Apóstol, la Revelación está completa. No hemos ya de repetirnos.

Pero ello no significa que la Providencia no tenga medios para que dicha Revelación sea cada vez mejor conocida y, en cierto modo, como desarrollada. ¿Qué otra cosa no es toda Tradición en gran parte? ¿Y la Patrística? ¿Y los Doctores? ¿Y la Doctrina y Magisterio (Papás, Concilios, Maestros) de la Iglesia, dos veces milenaria?

Tras algunos destellos que anunciaban algunos venerables santos precursores en el Medioevo, Jesús se aparece sucesivamente —la primera vez el día de San Juan Evangelista, 27 de diciembre de 1673— a Santa Margarita María de Alacoque en Paray-le-Monial, y se le **manifiesta inefablemente** con una claridad y expresión de amor mayores que nunca.

Repetimos aún: estas líneas van dirigidas a nuestros queridos socios y hermanos, y no tenemos espacio (ni motivo, por conocido) para reproducir, una vez más, todo cuanto se ha dicho, historiado y, sobre todo, gustado cerca la explosión que representó la manifestación de Jesús, al mostrarnos, osaríamos decir, de nuevo de par en par su Costado, cual quedó **abierto** por la llaga producida por la lanza del soldado.

Y esta Devoción al Corazón de Cristo vino a dar una total renovación de vida y de gracia a la Iglesia.

Fijémonos bien: nos confía Santa Margarita haberse quejado a San Juan de no haber sido, aun cuando esencialmente completo, tan explícito como hubiéramos deseado al manifestarnos, en su Evangelio, haberse reclinado sobre el Corazón del Salvador. Y haber recibido del Apóstol amado aquella respuesta, tan escalofriante como profundamente consoladora: «Esta Devoción estaba reservada para los últimos tiempos, cuando la Fe se oculte y sea necesario volver a encender el fuego de la Caridad en el pueblo de Dios». Para renovarnos con una graciosa inyección de vitalidad y gracias infinitas.

Y atended bien. Todas las luchas de la Iglesia, en estos tres últimos siglos, han venido animadas por el Símbolo del Corazón divino. ¡Qué renovación, qué ríos de gracia han alegrado la Ciudad Santa en medio de sus duras pruebas! La Fe, la Piedad, todas las virtudes, han venido reforzándose y manando de aquel Corazón divino, plenamente expuesto a nuestra veneración. La Revolución ¡cuánto insultaba y se reía «de la Alacoque»! Baluarte contra el Jansenismo, la Enciclopedia, el Liberalismo, la Incredulidad, el Laicismo y, al fin, contra todos los tremendos movimientos políticos y sociales (hondamente antiteocráticos) que nos han venido abrumando. Coronados, al fin, por el Ateísmo en el intelecto y por el Comunismo en lo social. Por la actual gran Apostasía.

NUESTRA DEVOCION: LA DEVOCION CENTRAL DE LA IGLESIA

Todos nosotros, socios fervientes del Apostolado, conocemos las grandes etapas abiertas por Santa Margarita y por el P. la Colombière. Sucesivas aprobaciones, desarrollos... En el siglo XIX, obra de los PP. Gautrelet y Ramière, de santa memoria, nace el Apostolado de la Oración. Es el instrumento designado por el Providentísimo amor para dar un cuerpo organizativo a nuestra Devoción, repetidamente bendecida, autorizada, tripulada —ésta es la palabra— por los propios Sumos Pontífices, que no han dudado en tenerla como la devoción central de la Iglesia. ¿No es, si reflexionamos bien, esta conjunción de todos ante el Corazón de Cristo, la mejor expresión de la Comunión de los Santos?

Innumerables las Encíclicas, no es aquí el lugar de repetir las; ya las gustamos constantemente todos los que nunca nos saciamos en practicar nuestra Devoción, y escuchar y releer a sus doctores que tanto nos han enfervorizado y nos lo seguirán haciendo. Dentro de las grandes etapas, señalemos como hitos cumbre la especial asistencia del Sagrado Corazón en las luchas de la Iglesia —a menudo cruentas— en las Revoluciones pasadas y presentes y en los momentos de trágica angustia de Pío IX. La decisiva proclamación que representa la Encíclica, básica de todas, del inmortal León XIII, «Annum Sacrum», a la que había de seguir, en la punta del cambio de siglo, lo que el propio Papa calificaba como el «acto más grandioso de su Pontificado»: la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús. Y así hasta las sublimes y monumentales Encíclicas de Pío XI y de Pío XII («Ubi Arcano», «Quas Primas», «Misericordissimus Redemptor», «Haurietis Aquas», «Mistici Corporis», etc., etc.). Entre tanto, el Apostolado de la Oración, aquel grano de mostaza lanzado por aquellos humildes pero esforzados Padres de santa memoria, se ha convertido en una asociación universal de la Iglesia, grande por excelencia.

EL DESCUBRIMIENTO DE QUE EXISTE EL HOMBRE QUE BUSCAMOS

Y ¿cuál ha sido el secreto, cuál el sentido de esta Devoción que, repitámoslo una vez más, es

proclamada como la Devoción central de la Iglesia? ¿Cuál su actualidad constante?

¿Qué representa, en nuestros tremendos tiempos, nuestra Devoción?

Pues, sencillamente, estos dos descubrimientos inefables:

Que el hombre, el Hombre, el único capaz de sanar nuestros males, de salvarnos en estos momentos en que nos hundimos en el Abismo, el hombre, el Hombre que la pobre sociedad (aun y sin darse cuenta de ello) implora alzando hacia él sus brazos, este hombre, este Hombre, existe. Y éste es Jesucristo.

Que es el hombre que lo reúne todo. El hombre por excelencia. Y que, como en un hombre el corazón es todo su resumen, Jesucristo, nuestro Salvador, es, ante todo, un hombre de un gran corazón. ¡Hemos hallado un Corazón de hombre que se apiada de nosotros y puede salvarnos!

Pero hay más. Hay mucho más. Jesucristo es Dios. Segunda Persona de la Santísima Trinidad, Dios Trino y Uno.

Por lo tanto, nuestra devoción aporta un **segundo descubrimiento**, mayor que el primero:

¡¡DIOS TIENE CORAZON!!

EL DESCUBRIMIENTO DE QUE DIOS TIENE CORAZON

Y el día que la Humanidad descubra de una vez que Dios tiene Corazón, estará salvada. Ved unos ejemplos...

Una vez, ante una multitud que preludiaba las de hoy, con su ingénita indigencia, en su hambre, ante Cristo, que la vio y comprendió, hizo exclamar a su Corazón: Misereor super turbam...» Y otras. Y otras veces... En los peligros, El dormía. ¡Poco podían contra El los elementos! Pero la barca, sacudida por las olas, estaba a punto de zozobrar. «¡Sálvanos, Señor, que perecemos!», y El no tuvo más que alzar la mano, con gesto de imperio, para apaciguar los elementos.

¡Señor, tenemos hambre! Señor, nos vamos al abismo... y El nos salva.

¡Dios tiene Corazón, y Corazón de hombre, como el nuestro!

SENTIR LA ATRACCION HUMANA DEL CORAZON DIVINO

¿Cabe devoción más consoladora?

El Primer Mandamiento de la Ley de Dios es amarle sobre todas las cosas. Fijémonos bien: pues volveremos sobre lo mismo más adelante. O sea, más que a nosotros mismos.

Mas, para **sentir esto**, ¿no hay mucha dificultad?

Asistidos por la Gracia, y siguiendo los dictados de nuestra razón, tributamos a Dios este homenaje supremo. Decía Faber que si todos viviésemos, simplemente, conciencia de lo que significa ser una criatura de Dios, todos seríamos santos. Y seríamos felices, incluso, si llegase el caso, en ofrecerle nuestra más total inmolación. ¿No es el Sumo bien, infinitamente más amable que nosotros mismos y para nosotros mismos?

Pero **sentir esto** es muy difícil. La razón impone y manda, pero no puede promovernos sentimientos, por así decir, sensibles del Invisible.

Y Dios hecho Hombre, nuestro adorable Jesús, lo vio y comprendió. Se acercó a nosotros, se hizo hombre, y con ello sabía que nos atraía. Si nos es difícil hacernos una idea de Dios, nos es, en cambio, inmensamente más fácil hacérsela de El cuando ha tomado carne. Amamos a un Dios que se ha dignado hacerse hombre como nosotros: le vemos, le oímos. ¡Cuánto nos es más fácil amarle! Y Dios, que quería esto, que quería nuestro amor, descendió a hacerse como nosotros, para que le viésemos, le palpásemos, y pudiésemos amarle con amor humano.

¿QUE FIGURA HA EXISTIDO, CUAL JESUS?

Y osamos acercarnos a nuestro adorable Salvador, como hacían sus discípulos. En el Antiguo Testamento prorrumpían las almas fieles: «¡no nos atreveríamos a mirar a Dios, no fuese que muriéramos!» Ahora Dios, siendo el mismo Dios, deja, no sólo verse, sino que nos atrae, como hombre. Apacible, humilde, manso.

Y nosotros, que sabemos lo que es un corazón humano, y que, en la esfera de la bondad, de la virtud, del poder, de la misericordia, de todo, en una palabra, el corazón del hombre lo es **todo** (¿no decimos, a menudo, de algún grande hombre

y bueno: «¡es un hombre de corazón!?»), ¿no es una aventura infinita haber descubierto que Dios tiene Corazón, y un Corazón de Hombre divino, por tanto, de infinita capacidad de comprensión y de misericordia?

Necesitábamos un Hombre. Ya lo tenemos. Y tenemos a un Hombre de Corazón. Y en él abismos infinitos de amor y de perdón.

Dios está a nuestro alcance: es Jesús visible, paciente, amable. ¡Haced, Señor, nuestro corazón semejante al vuestro! Al vuestro, que por nosotros (incluso ahora, físicamente, en el cielo) palpita, se mueve y se apiada. Y que si como Corazón divino es infinito, como corazón humano

ha sido el más admirable corazón de la entera Historia. ¿Qué figura ha existido, como la de Jesús?

Y ¿cuál fue el motor de todo, el motor que llevó a Cristo a inmolarse por los hombres, a los que elevó infinitamente a la categoría de hermanos, sino su Corazón, que es su mismo Amor, que le llevó a descender de lo altísimo de su categoría divina, al nivel de nosotros, ya de sí limitadas criaturas casi ínfimas dentro de la Creación espiritual y material, y aún más rebajadas, hasta la miseria más repugnante, a causa de nuestros pecados?

II

LA IDÉA-FUERZA DE CRISTO REY CULMINACION, PARA EL HOMBRE DE HOY, Y, SOBRE TODO, DEL DE MAÑANA DE LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS

...QUE SIENTE COMO HOMBRE

La Humanidad, por tanto, levantando a lo alto sus ojos y sus brazos implorantes, conoce ya un medio de salvación: el del Corazón del Hombre-Dios, que es potente como Dios, y que siente como un hombre.

Era hora. Y es que, naturalmente hablando, la actual sociedad, como antes hemos dicho, no tiene remedio. Creer (no se nos llame «profetas de desgracias») que podemos acabar en otra cosa que no sea un mortal desastre, es soñar. Por tanto, ante la absoluta ausencia de medios naturales, bien es preciso recurrir a los sobrenaturales.

Si nos hallamos ante una inundación, ante un Niágara centuplicado y desbordado que todo lo arrolla: ¿no seremos unos locos si no confesamos tener más confianza en la oración de una humilde vieja, que en toda la ciencia de los mejores ingenieros, incapaces de construir un dique? Cuando fallan los medios naturales, para todo aquel a quien no ciegue el fatuo orgullo, no queda otro recurso que aquel que quizá solo conoce la sabiduría de los humildes: Dios.

Y es que por fortuna ahora, en estos tiempos, ante el desbordamiento y la inundación arrolladoras, que hemos recibido esta salvadora noticia: ¡Que Dios tiene corazón!

Y veamos, ahora, sus nuevos —por así decir— redoblados caminos.

EL FORMIDABLE PIO XI HINCA EL ESTANDARTE: LA IDEA-FUERZA DE CRISTO REY

Y este nuevo y magno camino fue la aparición de esta grande nueva Idea-Fuerza. La Idea-Fuerza de Cristo Rey.

También es conocida y gustada por nuestros socios; no es menester relatar su admirable y confortadora historia.

La Gran Guerra Mundial I había cambiado la faz del mundo. Habían desaparecido los tres grandes imperios, pero acababa de nacer el imperio soviético, expresión del Comunismo y concreción de la nueva sociedad sin Dios. Con motivo de la paz de Versalles, habían triunfado (o, por lo me-

nos, se habían ya abierto camino irreversible) todas las **ideas mundiales de subversión**.

Por lo menos, ya era, de momento, **EL TRIUNFO DEL LAICISMO**.

Ya hemos visto todo cuanto ha venido después.

Pues bien: en 1922 la Providencia deparaba a su Iglesia el Pontífice grande entre los grandes Papas modernos: el formidable Pío XI. El Papa, espiritualmente hablando, del sobrenaturalismo. Humanamente hablando, el gran jefe —no en vano en su vigorosa juventud se había distinguido como alpinista— repleto de energías que se necesitaba.

Y este gran Papa se enfrentó contra toda la corriente laicista —en el fondo, ya atea— de su tiempo, con la más alta gallardía.

Llegaba la inundación de que hemos hablado. Pero él la detuvo.

De joven había alcanzado la cima de los montes. Ahora, convertido en Vicario de Cristo, sobre las avalanchas y tierras cenagosas que avanzaban, se atrevió a clavar el estandarte, la bandera de Cristo Rey.

Cundo la sociedad ignoraba, mejor dicho, negaba a Cristo, audaz y valiente levantó la enseña salvadora. Y ante ella el alud se detuvo.

En sus dos Encíclicas (ya antes citadas) «Ubi Arcano» y «Quas Primas» promueve la Revolución —**usamos mal de esta palabra**, pero la usamos, por estar ahora de moda—, la grande y santa Revolución. La de reintegrar los derechos divinos a Cristo.

La segunda Encíclica —tan conocida y gustada por todos nosotros— es la verdadera «Carta Magna». Es la fuente de donde brota esta Idea-Fuerza que debe salvar nuestra sociedad. ¡La Idea-Fuerza de Cristo Rey!

Y, cosa admirable, esta gran reivindicación de los Derechos reales de Cristo, **incluso temporales, plenamente temporales es preciso decir**, la mancomuna y hace, como una sola cosa, con este otro Objeto Divino e Inefable: el Corazón de Cristo. Y, al establecer la Fiesta trascendental de Cristo Rey, la constituye íntimamente unida a la Devoción al Corazón de Jesús. En lo sucesivo, ambas Fiestas convergerán, por así decir, en una. Y nosotros, los socios del Apostolado, recibimos la honrosísima misión de ser los celadores, los encargados, los adelantados de la grande y nueva manifestación moderna de esta gran Idea-Fuerza: la de Cristo Rey.

El Papa explica los profundos motivos que le mueven: la fuente de todos los males ha sido la de sustituir la soberanía de Cristo por la del hombre. Reconoce lo arduo de su empresa —la reivindicación de los derechos de Jesucristo es, en definitiva, la salvación del mundo— y sabe que sólo El puede sacarle a flote en ella. Prometió el Corazón de Cristo **que reinaría a pesar de sus enemigos** y le ruega su Vicario y manda orar a toda su Iglesia para que apesure este momento tan glorioso para El como provechoso para todo el mundo.

En términos de santa y dramática reivindicación, casi al fin de la Encíclica, como su broche, proclama: «y la misma solemnidad de la Fiesta, anualmente renovada, advertirá a las naciones el deber que tienen los particulares, magistrados y gobernantes, de venerar públicamente a Cristo y de obedecerle; y a éstos sugerirá el recuerdo del último juicio, en el que Cristo, no sólo arrojado del Estado sino también mirado con desprecio, con indiferencia o ignorado, vengará rigurosísimamente tan grandes injurias, exigiendo, como lo requiere su realeza, que el Estado entero se conforme con los divinos mandatos y principios cristianos, ya en la Legislación, ya en los juicios, ya también en la escuela». Consigna de la Encíclica: en adelante, será la del cántico de los mártires en el Anfiteatro: «Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera».

Porque no nos contentamos con que sólo reine. Parecería lo del rey «que reina, pero no gobierna». No. Cristo **debe gobernar**. Y es la proclamación, enarbolémoslo fieramente, con palabras que no lo hagan bien inteligible: ¡CRISTO IMPERA!

EN LA «HAURIETIS AQUAS» NOS PARECE ENCONTRAR LA SEÑAL DE COMO SERAN LOS FUTUROS GRANDES SANTOS

Coronación de todo este grande Movimiento fue la promulgación de la Encíclica «Haurietis Aquas» de Pío XII, «Pastor Angelicus». Como venimos repitiendo: todo esto es bien conocido y gustado de nuestros hermanos socios del Apostolado. Por ello no hacemos más que ir siguiendo este santo y maravilloso camino de nuestra gran Devoción, jalonado siempre por el aliento ascendente de nuestros Pontífices.

La «Haurietis Aquas», como decimos, es esta culminación de la Devoción al Sagrado Corazón que nos complacemos en verse como conjugada con este grandioso Movimiento que, en la Iglesia, ha representado el que queremos calificar de divino estallido: este Movimiento Sobrenatural que representa LA IDEA FUERZA DE CRISTO REY.

Y en un fragmento de la «Haurietis Aquas» hemos creído hallar unas líneas que nos sirven de señal profética. El entrever en los caminos de la Providencia, ¿cuáles y cómo serán los nuevos santos, los medios —el Señor es siempre servido en renovarse— que empleará para este último fin, del que el gran Padre Ramière decía: «al que Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el Triunfo de la Iglesia»? Triunfo que habrá de ser el del reconocimiento de la Realeza de Cristo, que incluirá, necesariamente, la salvación del mundo.

En la «Haurietis Aquas» quizá podemos otear el secreto de la simiente que, sin duda, el Señor echará en su Iglesia para la promoción de futuros grandes santos que El reserva para los tiempos procelosos que se avecinan. ¿Uno como «cántico nuevo»?

¿CANTICO NUEVO? RIGUROSO ORDEN DE LOS VERDADEROS VALORES Y EL AUTENTICO MOTIVO DE NUESTRA DEVOCION

Así exclama Pío XII buscando sólo el amor a Dios:

«Esto supuesto, no se puede dudar de que los cristianos que honran al Sacratísimo Corazón del Redentor cumplen el deber, por demás gratísimo, que tienen de servir a Dios, se consagran juntamente a sí mismos y todas sus cosas, sus sentimientos internos y su actividad externa, a su Creador y Redentor, y de este modo observan aquel divino mandamiento: “Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas” (Marc. XII, 30). Tienen, además, la certeza de que, al honrar a Dios, no les mueve principalmente el provecho personal, corporal o espiritual, temporal o eterno, sino la bondad del mismo Dios, a quien procuran obsequiar con co-

rrespondencia de amor, con actos de adoración y con la debida acción de gracias. Si así no fuese, el culto al Sagrado Corazón de Jesús no respondería al carácter genuino de la religión cristiana, puesto que con tal culto al hombre no honraría principalmente al amor divino; y no sin motivo, como a veces sucede, se podría tachar de excesivo amor y solicitud por sí mismos a los que entienden mal esta nobilísima devoción o no la practican convenientemente. TENGAN TODOS, PUES, LA FIRME PERSUASION DE QUE EN EL CULTO AL AUGUSTISIMO CORAZON DE JESUS LO MAS IMPORTANTE NO SON LAS PRACTICAS EXTERNAS DE PIEDAD, Y QUE EL MOTIVO PRINCIPAL DE ABRAZARLO NO HA DE SER LA ESPERANZA DE LOS BENEFICIOS QUE CRISTO SEÑOR HA PROMETIDO EN REVELACIONES PRIVADAS...»

Si queremos, quizá, acertar en un enfoque auténtico de la Devoción al Corazón de Jesús y en una comprensión de cómo esta Idea-Fuerza de Cristo Rey debe imbuir en los grandes santos de los tiempos que se avecinan, es indispensable LA EXPOSICION SIGUIENTE:

UNA PUESTA, POR RIGUROSO ORDEN, DE LOS VERDADEROS VALORES.

No siempre la tenemos presente, como guía, fundamento y base.

LA DISPOSICION DE LOS FUTUROS GRANDES SANTOS QUE BATIRAN AL ACTUALMENTE VENCEDOR SATAN

Digámoslo de una vez, volviendo a cuanto exponíamos y lamentábamos al comenzar este opúsculo, y expresémoslo aún más crudamente:

ACTUALMENTE, SATANAS ESTA VENCIENDO EN TODA LINEA.

No ver esto es querer seguir la táctica del avestruz. Y ésta jamás ha sido una norma espiritual sensata.

Jesús, en una ocasión, nos relata el Evangelio, mandó a sus Apóstoles y discípulos en Misión

—fue la primera Misión cristiana de la Historia, y parece tener todo el carácter de un verdadero ensayo—, a enseñar, curar y arrojar a los demonios.

Pero volvieron derrotados. El primer desastre público —que no había de ser el único, sino que se ha repetido, por permisión divina, tantas veces— en su tarea. «¡Señor!, le dijeron. ¡No hemos podido con estos demonios!»

Y era verdad. Aun cuando parezca imposible, fracasaron en todos sus exorcismos.

Mas Jesús les aclaró lo que parecía desconcertante. Y nos enseñó. Y, veinte siglos después, nos lo sigue proclamando. Como ahora, en que continuamos sin poder con Satanás, que nos vence sin remedio, y con victoria hartamente visible.

Jesús les enseñó que aquellos demonios eran muy poderosos dentro del reino de las tinieblas, y que no se podían arrojar con solos exorcismos. **TAN SOLO UNA ORACION Y UNA PENITENCIA MUY ESPECIALES PODIAN CONTRA ELLOS.**

¿Cuál será esta oración, cuál esta disposición que necesitan los soldados de Cristo para vencer?

Pues una oración con base doble: **ANTE TODO, LA HUMILDAD MAS PROFUNDA, CON EL TOTAL RECONOCIMIENTO DE NUESTRA IMPOTENCIA, Y UNICO RECURSO A LO SOBRENATURAL.**

Y LUEGO, SOBRE TODO, LA INTENCION MAS DESINTERESADA, EL AMOR A NUESTRO SEÑOR DIOS JESUCRISTO ABSOLUTAMENTE PURO, TOTALMENTE DESINTERESADO INCLUSO, DENTRO DE LA ESFERA DE LO SOBRENATURAL: HABLANDO, POR LO MENOS, POR ANALOGIA.

Gustémoslo, comentémoslo. Quizá no se haya hecho esto lo bastante. Mas las frases luminosísimas y santamente atrevidísimas del Papa en su Encíclica nos la señalan valientemente: **INCLUSO LLEGANDO, SI HACE FALTA, A PRETERIR NUESTROS LEGITIMOS BENEFICIOS ESPIRITUALES; SI NECESARIO FUESE, HASTA CON DIMINUCION DE NUESTRA RECOMPENSA ETERNA.** Si cupiese tal paradoja. ¡Pero bien sinceramente!

De lo primero, por su importancia decisiva esto es, que estamos en el momento de la **HUMILDAD**, de nuestra sincera humillación, no tenemos ya espacio para hacer objeto aquí. Ya cree-

mos que nuestros socios lo comprenden. Naturalmente hablando, repetimos una vez más. Satanás nos ha vencido. Por nosotros solos, nada podemos. La primera virtud nuestra que moverá al Señor a multiplicar sus misericordias, será el reconocimiento sincero y profundo de aquello que el dijo: «¡Sin Mí, nada podéis hacer!»

No somos ni podemos nada. Únicamente reconociéndonos siervos inútiles alcanzaremos la **HUMILDAD**. Y la **HUMILDAD** es la misma **VERDAD**. Y reconozcamos, no apelemos para nada a medios humanos y naturales, que son impotentes. Sólo nos quedan los sobrenaturales. Que éstos sí lo pueden todo.

Y volvamos, ahora, a lo segundo.

Procuremos explicarnos.

ALGO INFINITAMENTE MAS APETECIBLE QUE LA MISMA PAZ..., PERO QUE NOS LA TRAERA

Desde hace años, muchísimos años, no hacemos otra cosa que rogar por la Paz.

Es natural, legítimo, y no oímos otra cosa de nuestros Pontífices: y nosotros debemos hacernos eco de la misma. La Paz, ha sido siempre el lema de la Iglesia. Y nuestro Señor Jesucristo, Dios, no nos saludó nunca —ni nos deseó mejor cosa— de otra manera en la figura de sus Discípulos: «la Paz sea con vosotros».

Pero nosotros podemos destacar lo que es, en sí la Paz.

Por una paradoja, que no representa contradicción ni rebeldía contra la invariable salutación de nuestro Salvador, no arriesgaríamos a justificar el llegar a decir con temerario atrevimiento: ¡no recemos tanto por la Paz!

¿Por qué nos arrancamos ahora con una salida que parece, sino pedante, al menos peregrina?

Pues vamos a explicarlo:

1.º En primer lugar, la Paz (la «tranquilidad en el orden», según Santo Tomás) es una consecuencia. Es un resultado. Nunca un medio. La Paz no se halla directamente, buscándola ni proclamándola por las buenas. Es más: cuanto más se busca por sí misma, menos se halla.

No es posible la Paz sin el previo Reino de Cristo, que nos aporte las virtudes indispensables: la justicia, la caridad, el amor, todos los efectos de la gracia de Dios.

Por tanto, es absurdo buscar la Paz en sí misma. Incluso creemos que es perder el tiempo reivindicando y proclamando la Paz.

Porque ésta no llegará nunca por sí misma, sino como resultado del establecimiento del Reino de Cristo. Sólo cuando «venga a nosotros tu Reino», nos hallaremos, y sin saber cómo, en Paz. No al contrario.

En definitiva, como todo, y tratándose del mayor de todos los bienes, la Paz es una **añadidura**.

«Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura» (Luc. 12-31).

2.º En segundo lugar, y muy importante, puntualicemos:

¿Qué es lo que queremos? ¿Una paz aburguesada? ¿Una paz que nos deje gozar de nuestros groseros apetitos terrenales, sin el previo temor de Dios?

Y, sobre todo, una paz en una sociedad laica, que niega los derechos divinos de Cristo, de su Realeza, de su derecho a reinar absolutamente sobre nosotros... Una paz que nos trajese, por un imposible, un bienestar material, pancista, quizá dentro de la misma impunidad del pecado...

¡Esta Paz no la queremos!

¡A costa del deshonor y de la ofensa a nuestro idolatrado divino Rey, no queremos la Paz! ¡Nos daría asco!

Si es preciso, tenemos siempre un refugio: ¡volver a las Catacumbas!

¡Amamos infinitamente más a Cristo que a la Paz!

¡PEDIMOS SIEMPRE LA PAZ, PERO NO ATINAMOS EN PEDIR EL REINO DE CRISTO, QUE ES EL BIEN SUPERIOR A TODOS!

Y he aquí el grande, el grosero error en que incurrimos.

Pedimos la Paz, pero no pedimos el Reino de Cristo.

Y no alcanzamos ni lo uno ni lo otro. Suspiramos, en nuestro egoísmo, por lo primero, que, sin lo segundo, jamás alcanzaremos.

Por esto mismo, nosotros, los que deseamos ser **fieles** —¿no es el problema de hoy, el de nuestras almas, el de una **fidelidad** a Cristo, que debe ser a machamartillo?—, mancomunamos la Idea-

Fuerza del Reino de Cristo a la Paz. Y que esta Idea-Fuerza debe ser la salvación del mundo.

Pero a condición de que nuestro objetivo no sea la misma Paz. Sino el Reinado de Cristo. ¿Queda bien claro? Lo demás se nos dará por añadidura.

Proclamando y repitiendo una vez más que despreciaríamos y jamás buscaríamos una paz que fuese obtenida en menoscabo de los divinos derechos que sobre nosotros tiene, personal y socialmente, CRISTO REY.

ANALISIS DEL REINO DE CRISTO = DIOS CREADOR

Para hacernos, para enfervorizarnos en ésta que ha de ser la definitivamente salvadora del mundo, de este gran Movimiento que deberá en su día provocar, esta Idea-Fuerza de Cristo Rey, nada mejor que ir remontando, por grados, lo que ésta contiene.

Ya hemos citado más arriba a Faber cuando nos proclama que: «si todosuviésemos noción clara y conciencia real de lo que representa ser criatura de Dios, todos seríamos, automáticamente, santos».

Ya sabemos que, a lo que vamos a expresar ahora, quizá no llega el entendimiento: pero comencemos exclusivamente por la simple razón.

Dios es el Ser Necesario (el Ser en Sí: esta inefable definición de Sí mismo que dio a Moisés). No podemos comprender —o seríamos como El— lo que significa el **Ser Necesario**. Solamente podemos intuirlo vagamente: pero, si tenemos esta suerte, nos basta para sentirnos y caer como abrumados ante el Absoluto. Y en adoración por cuanto es necesariamente infinito Bien.

Ese Dios, en su Omnipotencia, nos creó. Fuera del tiempo— la Creación es inherente al tiempo que la mide en su movimiento—. Dios realiza la Creación por puro amor, por pura liberalidad. No podía hacerlo si no era para su gloria, pero esta gloria es puro deseo de expansionar aquel Amor. (Dios es Amor, como exclama el Apóstol.) No tenía necesidad ninguna de crear, ni a El, Ser total e infinito, la Creación entera añade —es como un decir— más ser.

¡Con cuánta profunda verdad, en el ritual, pronunciamos aquel «Gratias agimus Tibi propter magnam gloriam tuam»! Damos gracias a Dios por su gloria. Fijémonos bien. Espíritus torpes y

groseros pueden admirarse de esta exclamación, extrañándose de que agradezcamos a Dios que El promueva y manifieste su Gloria. ¡Pero si precisamente su gloria es la manifestación del Amor Divino que explota cuando, para producir seres—desde los inteligentes y, a su manera, de El imagen y semejanza, hasta los puramente materiales—, no hace sino crear seres felices a quien ha concedido el don de la existencia! Las criaturas todas deberíamos ser como las flores que esmaltan los campos: que necesariamente se orientan hacia el sol (girando al compás de su curso, volviendo siempre su mirada hacia él), del que reciben calor y vida. Imagen de Dios. Espejo suyo.

Por tanto, la máxima ambición y felicidad, tal es la palabra, que puede caber a sus criaturas, especialmente a las racionales, los Angeles y el Hombre, es la de ser instrumentos de su gloria. En el fondo, nada hay más absurdo que nuestro egoísmo (origen del pecado: «¡seréis como dioses!»), pues ninguna felicidad ni ninguna gloria pueden igualar, dentro de nosotros, el digamos infinito honor de ser instrumentos que corresponden a la bondad de Dios, cantando su gloria.

Esta disposición de esta forma ya de sí imposible de superar, que tenemos todas las criaturas, se hace infinitamente mayor en los ángeles y en el hombre.

A la mentirosa propuesta de la Serpiente, Adán debía haber replicado que, en verdad, si por un imposible el Pecado y la Desobediencia hubieran podido aportar (aparte de ser, en sí, crimen y canallada) satisfacción de ambiciones y bienes, éstos siempre hubieran sido infinitamente menores a los que aporta la adoración a Dios. Primer deber, pero asimismo primer honor (el de corresponder a El en alguna manera) y primera felicidad y máximo legítima ambición que puede soñar la criatura. Racionalmente, matemáticamente, no cabe otra mayor.

ANALISIS DEL REINO DE CRISTO: DIOS REDENTOR LA ECONOMIA DE LA REDENCION Y LA DIVINIZACION DEL CRISTIANO

Ahora bien: Dios Creador, hacia nosotros, los hombres, bien sabemos no se ha contentado aquí.

Al crearnos. El concibió hacia nosotros designios aún infinitamente superiores a los que correspondían a la más noble criatura.

Quiso crearnos para elevarnos encima de ésta,

a la inverosímil —y sólo posible para la omnipotencia divina— dignidad de hijos suyos. Hacernos participar de cuanto podía aportarnos por su Gracia, ascendiéndonos del orden natural (aun cuando fuera nobilísimo ya de sí) al orden sobrenatural. Es decir: quiso acometer la empresa de la divinización del hombre, y ello por medio de la Encarnación de su Hijo, al que constituyó en nuestro Hermano Mayor, y que, por medio de El, pudiésemos, como dice el Apóstol, llegar a proferrir el grito de nuestra filiación, no por adoptiva menos inefable: «¡Abba, Padre!». Así nos enseñan los teólogos.

El Pecado, la Caída, no sólo no fueron obstáculo, sino admirable puerta para que el Señor no renunciase a su designio. Al redimirnos, Cristo nos aportó su gracia, abriendo la senda de nuestra divinización. ¡oh Felix Culpa!

Propio es del Apostolado de la Oración el adorar al Corazón divino de Cristo, motor del Amor que ha realizado y realiza tales prodigios, gustar de todo esto dentro de nuestra Devoción central de la Iglesia. Y propio fue que el gran promotor del Apostolado, el insigne Padre Ramière, titulase su libro principal como «La Divinización del Cristiano».

Jesucristo, Salvador del Mundo, Hermano mayor y divinizador nuestro, es un Hombre. Y, como tal Hombre, es el mayor de todos en toda la Historia. Es Cabeza de la Humanidad. Por derechos divinos y humanos, Creador, Redentor, Conquistador.

Ahora bien: los amadores del Sagrado Corazón, de la Persona de Cristo, especialísimamente, le proclamamos como Rey. Y entendámonos bien. El amor auténtico de los hijos no tiene límite. Le queremos, ante todo, Rey eterno, pero también lo queremos reconocer Rey temporal, Rey de la Sociedad. Y, en todos aspectos, Rey total y absoluto como urge la dignidad suya y nuestro amor a El.

Es, en su totalidad, este reconocimiento, que se ha hecho patente desde 1925 con la proclamación, con el movimiento iniciado por Pío XI, la IDEA-FUERZA DE CRISTO REY.

ANALISIS DEL REINO DE CRISTO: CRISTO ES REY, Y DEBE SERLO PLENAMENTE

El se digna desear serlo. Nos lo tiene bien manifestado.

Queremos que reine, porque le amamos. Y en nuestros corazones, en nuestras mentes. Y, necesariamente, que la sociedad humana y sus leyes le tributen el homenaje de fidelidad y de obediencia y proclamen que es Rey de reyes y Señor de los que dominan.

Y fijémonos que Cristo jamás abdicó su realeza. Permitió los mayores sufrimientos, los más terribles escarnios contra su figura. Pero jamás, repitamos, abdicó. Le contestó a Pilato: «Sí, soy Rey». Y quisiéramos, rápidamente, ponderar, desde un punto de vista poco comentado, el perdón otorgado, desde la Cruz, al Buen Ladrón. Mucho se ha gustado la misericordia que arrancó de aquel Corazón amantísimo (muy poco antes de ser atravesado por la lanza) el arrepentimiento de Dimas. Pero a nosotros nos impresiona, aún más, otro aspecto. La más alta prerrogativa real es la del indulto. Es el sello de ser rey. Y el indulto generoso, debido a pura liberalidad, sin merecimiento del culpable. Sencillamente, porque el Rey tiene a bien ejecutar tal derecho. Aquí admiramos ver que Cristo, en la agonía de la Cruz, hecho «gusano» y escarnio de los hombres, en su tremenda agonía, ha querido que en la Cruz figure el título de «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos». Y ejerce de Rey: indulta plenamente, amnistía (diríamos, a la moda del día) **plenamente** al ladrón, y tan sólo porque tal es su buen querer, del que no debe explicación a nadie. «Hoy estarás conmigo en el Paraíso.» El Rey lo manda: las puertas del cielo se abren, por dicha sola y escueta razón, ante quien ha sido condenado por facineroso.

¡Cuántas veces hemos meditado todo esto, así como nuestra cobardía, cuando hoy el Laicismo y la desacralización discuten u olvidan, cuando no niegan, sus divinos derechos! ¡Cuánto nos indigna este imbécil temor hacia todo cuanto se ha dado en llamar «triumfalismo», si como tal se entiende, simplemente, la natural expresión de signos externos de nuestra aclamación a la Soberanía de Cristo!

Por todo cuanto antes hemos dicho, de la adoración que Dios se merece, ¿es poco que el grande y divino Rey se digne tenernos por súbditos? ¿Cabe una altísima y más orgullosa categoría que la de ser sus soldados **y que se digne** (ésta es la verdad) tenernos como tales?

Y, sin embargo, cuando se trata de Cristo y de su Reinado, todo es regateo.

Al igual que se hace con un Rey constitucional (que reina, pero que no gobierna; que es, en

realidad, un monigote), todo es como escrúpulo, papeleo, límites, reglas, diríamos, «legales» y hasta canónicos.

Hasta determinado punto se acepta la realeza y la jurisdicción de Cristo, pero un poco más allá no se la acepta. Los soldados dicen a su Jefe, los hijos a su padre: «Tú mandas aquí, bien, pero sólo hasta aquí. Hasta tal punto, tal coma y tal número de tal artículo constitucional».

Como si el amor (y la filiación) no fuesen algo necesaria y absolutamente totalitario. Le queremos a El, y como Rey absoluto, por la sencilla razón de que le amamos absolutamente, sin puntos ni comas ni balanzas. Y tal como le amamos le proclamamos **Rey desde ahora mismo**.

RECOMPENSAS, ¿PARA QUE?

Y puntualicemos.

Hablemos —ya que nos proclamamos soldados de su ejército— de algo castrense. De les recompensas. No ilegítimamente, todo lo contrario, ya que el Señor es el primero, en el Evangelio, en prometérselas, exclamamos a compás de toda buena obra, de toda santa fatiga: «Dios se lo pague». «Dios nos recompensará». Y, cuando nuestra Cruzada, se exhibían unos valientes y piadosísimos carteles en los que, figurando un herido, proclamaban: «Ante Dios, nunca serás héroe anónimo».

Perfecto y admirable. Pero ¿nos será permisible el discutir esto amorosa y humildemente, atrevernos a una como puntualización?

Alguna vez, en nuestra mentalidad mercantilista —aun con Dios usamos el «toma y daca»—, tratamos a Cristo, nuestro Rey, como contablemente. Le prestamos unos servicios —de los que ninguna necesidad tiene, y que hasta favor nos hace solicitándonoslos— e, inmediatamente, le reclamamos, no sólo el premio, sino el «tú a tú» que pretende nuestra personalidad.

Ni nos damos cuenta de la infinita dignación que representa que Jesucristo se rebaje a invitar-nos a tenerlo como Rey.

Esta sola dignación, diciéndolo fría y objetivamente, merece el servirle sin la menor recompensa, ya que en sí misma es la recompensa mayor.

¿No es ya una recompensa total y absoluta el favor que nos hace de que podamos colaborar a su gloria y trabajar por El?

Nosotros creemos que, a las almas realmente

fieles y fervientes del amor al Corazón de Jesús y soldados de Cristo Rey, aun cuando parezca loca paradójica, ni el mismo Jesús ni Cristo Rey en toda su gloria podrá darles mayor recompensa. Ni en el Cielo.

¿Para qué? ¿No amamos a Jesucristo más que a todas las cosas? ¿No nos importa más su triunfo, que su amor sea correspondido, que el propio Cielo? ¿No deberíamos ser todos felices si, por un imposible, renunciando al Cielo, pudiésemos obtener el pleno estallido de su triunfo? ¿De su gloria?

Los grandes capitanes, Alejandro, Napoleón, tenían sus soldados tan amantes, tan fanatizados, que no podían darles otras recompensas que las de haber sido sus sufridos ayudantes en sus victorias. Toda recompensa personal que pudiesen recibir les importaba muy poco ante el gozo de ver el triunfo de su idolatrado Capitán.

Pues bien: esto que han tenido los Napoleones, los Gonzalos, los Federicos, los Césares, los Alejandros, ¿no lo ha de tener mayormente el Capitán de capitanes, Cristo? Seamos así con El. Amémosle tanto que le hagamos incapaz de que halle, El con toda su omnipotencia, un premio mayor, ni siquiera en el Cielo, para nosotros mismos. El solo hecho de haber podido ser sus más fieles colaboradores y soldados ya es premio infinito.

LA «LOCURA DE LA CRUZ». MEJOR: ¡UNA SUPERLOCURA!

Pero para nosotros, amantes del Corazón Sagrado y soldados de Cristo Rey, existe algo más. Algo aún inmensamente mayor a cuanto llevamos hasta ahora expresado.

Grandes reyes han tenido fieles entusiastas y desinteresados soldados y súbditos.

Pero jamás la mente humana podía llegar a lo que todos sabemos, pero que todos olvidamos. Y que vamos a repetir.

Nosotros tenemos el honor de servir al mejor y más alto Rey de la tierra, y que es el Rey del Cielo: Dios. Ya hemos explicado cuál ha de ser nuestra actitud de entrega y de adoración desinteresadas ante tanto honor por el que ya recibimos, de avanzada, la mejor paga.

Pero es que este gran Rey nuestro ha hecho mucho más.

Por todos y por **cada uno de nosotros** —de no haber existido más que un solo hombre en toda la humanidad, hubiera llevado a cabo el mismo durísimo sacrificio Redentor—, este gran Capitán y Rey, que es Dios, no sólo nos ha admitido, sino que, para mejor salvarnos, se ha ofrecido a todo lo que es incomprensible, no ya para un Dios (para El, inimaginable), sino para un Rey: por nosotros se ha dejado perseguir, insultar, prender, escupir, abofetear, azotar, arrastrar, crucificar y morir hasta perder, tras tanta injuria, la misma apariencia de forma humana.

ANTE ESTO, CAMBIA TODO, NO CABE SINÓ UN ARREBATO DE RECONOCIMIENTO

¡Ante esto. cambia todo!

Todas las altísimas razones inefables de adhesión a nuestro Rey que antes hemos ponderado tanto, palidecen ante este hecho, ante nuestra legítima sensibilidad humana. Tras esta divina locura sólo cabe una correspondencia de nuestra parte: otra locura recíproca, pero auténtica. **Hemos de perder la cabeza. Nos hemos de echar de cabeza.** Nuestra sabiduría (¿nos atreveríamos a recordar palabras del Apóstol?) no puede ni debe ser otra cosa que auténtica locura ante el mundo.

Es la «locura de la Cruz».

Y los grandes santos nos la han enseñado.

Los grandes santos que producirá la Providencia ante los tiempos que se acercan, tendrán este carácter. Y siempre nuevos. Siempre como un Cántico Nuevo. Así serán los santos que se acercan.

HEMOS DE PERDER LA CABEZA... «AQUI ESTOY, SEÑOR, ANTE VOS, COMO EL PERRO FIEL ANTE SU AMO...»

Muchas veces hemos sentido envidia hacia los perros fieles.

No solamente no piensan en sí, sino que su vida y su objetivo es el amo. En realidad, es tan puro el desinterés del perro, que el amo no puede, aun cuando lo quiera, premiarle. Porque el premio del perro no está en su propia felicidad, sino en la de su amo.

No es de perros fieles que nos habla, precisamente, el Evangelio. Pero osaríamos decir, a través de sus propias líneas, nos imaginamos abundaban poco los perros fieles a Cristo. No los tuvo

en Getsemaní. No es que le hayan faltado más tarde: sus mártires y sus santos, públicos u ocultos, lo atestiguan.

Conocida es la «boutade» del buen Clodoveo, neófito ardiente: «Si yo hubiera estado en Getsemaní con mis francos, ¡cuán diferentes hubieran sido las cosas!» «Boutade» sin duda, ¿pero es que no hubiéramos nosotros querido hallarnos allí, cual fieles Terranovas o San Bernardos, para echarnos al cuello de sus esbirros conducidos por Judas, la peor hez y canalla que registra la historia?

Defender a Cristo, si bien se considera, no representa mérito ni exige recompensa, como no la desea ni la pide el perro: éste, al defender al dueño, defiende lo que vale y estima más que su vida; nosotros debemos pensar lo mismo cuando se trata del honor de Cristo, que necesariamente hemos de amar y valorar más que a nosotros mismos. Casi, diríamos, por elemental buen sentido.

Y así hemos visto a tantos soldados valientes del divino Capitán evocados en la meditación ignaciana, cometiendo lógicas «locuras».

LA «LOCURA DE LA CRUZ». TRABAJADORES DE «LA PRIMERA HORA»

Así lo proclama y reconoce expresarlas Santa Teresa del Niño Jesús cuando quiere sentirse «fascinada» por Cristo; así lo canta el insigne Navarro Villoslada inspirándose en la «locura de la Cruz». Y ya que de la meditación ignaciana hablamos, al recordar aquellos jugosos: «Aquí estoy, Señor, ante Vos, como el enfermo ante su médico..., como el hijo delante de su padre...», nos sentiríamos llevados, en este momento en que nadie quiere ser fiel a Cristo, a decirle: «Aquí estamos, Señor, ante Vos, como perros fieles ante su dueño».

El «leit motiv» de estas líneas, es repetir que ante la explosiva abundancia del mal el Señor hará surgir grandes y nuevos santos insospechados, ya que su Brazo no mengua, mas creemos que, por encima de todo, brotarán bajo la insignia de la fidelidad, que, precisamente, en estos momentos en que todo es orgullo humano, hemos querido simbolizar en cosa tan baja, pero tan aleccionadora, como es el perro.

Hemos de desear ser los «trabajadores de primera hora». No los de la última (aun cuando pareciera pretendemos corregir el Evangelio). ¡Que

no en vano, como exclamaba Santa Teresa del Niño Jesús, «el amor hace decir mil locuras»! Los trabajadores de primera hora, si hubiesen amado sincera y locamente también a su Amo, hubieran tenido la felicidad de poder ofrecerle todo un día de trabajos y de sufrimientos, para colaborar así a su Divina Hacienda. ¿Qué les importaba que luego viniesen, a última hora, unos que cobrasen cómodamente el mismo sueldo? ¿Es que trabajaban por el jornal? Si amaban al Amo, hubieran debido compadecer a los últimamente llegados, porque no habían tenido la dicha de trabajar por El. ¡Pero si el trabajar por Jesucristo ya es la mejor recompensa que podemos recibir!

Ya sabemos, repetimos, que en apariencia decimos lo contrario del Evangelio. Pero éste deducimos de aquí que reprende a los trabajadores desinteresados; y nosotros hablamos ahora de lo que debiéramos ser todos: faltos de todo interés.

Por tanto, la recompensa, si por El trabajamos, ya la tenemos en nuestros propios esfuerzos y sudores. Ni en el Cielo podemos tener mayor gozo, porque nuestra propia felicidad eterna es poca cosa ante lo que más debemos valorar y amar: la gloria de Cristo. Santa Teresa del Niño Jesús, en unas admirables estrofas, se dirige audazmente a los propios serafines y casi parece compadecerles. Se siente más feliz que ellos. Admira, exclama, la gloria que dan a Dios por su excelentísima naturaleza, pero... les recuerda que ellos ya no poseen el privilegio del que Teresa del Niño Jesús está tan ufana: **¡poderse, por Dios, inmolar y sufrir!**

En el Cielo tendremos la felicidad de adorar a Dios. Pero aquí tenemos la que casi nos debiera parecer mejor —incluso sopesándolo con sana razón y, aun cuando parezca mentira, fría justicia—, que es la de poder trabajar y sacrificarnos por El. Si con nuestro sacrificio logramos aumentar, siquiera por un milímetro, su gloria... ¿qué nos importa, a su lado, nuestra felicidad?

LOS SANTOS DE LOS ULTIMOS TIEMPOS...

Venimos hablando de los santos que en los últimos tiempos hará surgir la Providencia. ¿Serán, quizá, grandes santos, por cuanto comprenderán, mejor que nunca, todo esto?

En mística, se califica de «acto heroico» el de aquellas almas que piden a Dios —y muy en serio— que la recompensa de sus méritos la aplique a las almas necesitadas. Lo hacen por su

gloria, y si reparamos bien en lo que antes hemos leído, en esto sencillamente racional. Porque su destino, su «puesto» más elevado en el Reino de los Cielos, es de muy escaso interés, ante el de la gloria de Dios.

Trátase, pues, tan sólo de aumentar ésta.

Habrán almas santas de verdad.

Que hagan... ¿qué? Pongamos un ejemplo. Hoy, por desgracia, sabemos de más de un Pastor, de una Jerarquía, de un intelectual, de un pensador de gran inteligencia y dotes, que no cumple como tal. Pues bien: creemos que la santidad de los últimos tiempos ha de ser ésta, la de la conducta que vamos a expresar, dentro de la devoción al Corazón de Jesús —Cristo Rey—, que no es otra cosa, como tanto hemos ponderado, que la Comunión de los Santos, Dogma de la Iglesia.

Pedir —en el caso del ejemplo— al Señor que no nos haga santos a nosotros. Nos mengüe nuestra futura recompensa en los Cielos, quedando —si bien dentro de ellos, naturalmente— no ni «a su derecha o a su izquierda», sino muy lejos, allá, «en el montón», como diríamos. ¡Qué delicia, desde un rincón de este «montón», contemplar la gloria de Dios y la de sus grandes santos!

Y, en cambio, las conceda, a raudales, a aquel antes citado personaje, hoy indigno o frío, pero que, con su vasto talento y capacidad —muy superiores a los nuestros—, con tal auxilio sobrenatural, se convertiría en un gigante de santidad, dando mil veces más gloria a Dios que la que nosotros daríamos, si reconocemos personalmente nuestra inferior categoría.

Es una cuestión —hoy que están de moda los términos económicos— de buscar, por encima de todo, **el máximo rendimiento** al servicio de Dios, que adoramos en el Corazón de Jesús, Cristo Rey.

¡PASAD SOBRE MI CORAZÓN! ¡QUE LO APLASTEN VUESTRAS RUEDAS SACROSANTAS!

Digámoslo de una vez: Satanás, repetimos, el Príncipe de este mundo, está venciendo en toda línea. Nos lleva una ventaja humanamente insuperable.

Ya hemos visto el modo de vencerlo. Con esta oración de HUMILDAD y de DESINTERÉS.

Los grandes capitanes de la historia, en sus guerras, en sus grandes momentos de suprema angustia, apelaban a sus tropas «formar el cuadro».

Era el último recurso. Lo que en mentalidades místicas, patrióticas de antaño se simbolizaba en aquellos escuadrones: los «húsares de la muerte», dispuestos a todo por el gran Federico; más tarde, en la literatura bélica reciente, lo que se ha llamado la «Disperata». En el Japón, los «kamikaces» del sacrificio supremo, sin recompensa.

Pero que siguen teniendo, para nosotros, y siempre por analogía, una significación.

Quizá sea así que sólo podemos conseguir el triunfo de Cristo con nuestro más absoluto sacrificio. Como con una verdadera «desesperación», aniquilándonos a nosotros mismos.

¿Qué importaría? Si amamos a nuestro Capitán como merece, para su triunfo, ¿no aceptaríamos gozosos —sin premio, porque su triunfo es nuestro mejor premio, que ni El mismo puede mejorar— esta aniquilación? ¿No renunciaríamos a premios, a glorias personales, incluso eternas, ante Aquel a Quien amamos más que a nosotros mismos?

En una admirable estrofa de su «Adorant», Costa y Llobera echa, en supremo homenaje, su corazón bajo el carro vivo y formidable de la majestad divina:

.Baix del carro vivent i formidable
de vostra majestat,
batega el cor en confusió inefable
d'amor i feredat.
Que l'esclafin les rodes sacrosantes
que aixequen pols de llum;
sols que pugua morir a vostres plantes
donar-vos un perfum.
Als vostres peus, oh Rei de la victòria!,
jo el tir com una flor;
passau-li per damunt en vostra glòria,
passau sobre mon cor.
Sols que pugua mon cor, perdent la vida,
amb son batec final
alçar-vos una nota més sentida
dins l'himne universal!»

(«Bajo el carro vivo y formidable — de vuestra Majestad — bate el corazón en confusión inefable — de amor y de piedad. — A vuestros pies, oh Rey de la victoria, — lo echo como una flor; — pasadle encima mejor en vuestra gloria, — pasad sobre mi corazón. — Que lo aplasten las ruedas sacrosantas, — que levanten polvaredas de gran luz, — tan sólo pueda yo, muriendo a vuestras plantas, — ofreceros un perfume capital. — Que tan sólo pueda mi corazón, perdiendo la vida, —

en su último latido — levantaros una nota más sentido — en el himno universal!»)

¿Y no es esto la misma resonancia de la poesía máxima, resumen de «toda ella», de Santa Teresa del Niño Jesús?:

«Cette rose effeuillée est la fidèle image
Divin Enfant,
Du coeur qui veut pour toi s'immoler sans partage
A chaque instant.
Seigneur, sur tes autels plus d'une fraîche rose,
Aime à briller:
Elle se donne à toi, mais je rêve autre chose:
C'est m'effeuiller.
La rose en son éclat peut embellir ta fête,
Aimable Enfant!
Mais la rose effeuillée, on l'oublie, on la jette
Au gré du vent...
La rose, en s'effeuillant, sans recherche se donne
Pour n'être plus.
Comme elle, avec bonheur, à Toi je m'abandonne.
Petit Jésus!
L'on marche sans regret sur des feuilles de rose,
Et ces débris
Sont un simple ornement que sans art on dispose,
Je l'ai compris...
Jésus, pour ton amour j'ai prodigué ma vie,
Mon avenir,
Aux regards des mortels, rose à jamais flétrie,
Je dois mourir...»

¡Cuánto nos gusta reiterarnos! ¡Serán así los grandes Santos de los últimos tiempos! ¡Y en esta línea es que debe venir a nosotros el Reino de Cristo!

Futuros santos, no cómodos trabajadores de última hora, sufridos y pacientes, absoluta y totalmente desinteresados, siempre incomprensidos, para que, con su sacrificio y hasta, si cupiese, con esta como utópica fantasía que nos hemos hecho, de ver menguada su participación en la Gloria eterna, promover, avanzar, osaríamos decir, provocar el ansiado momento en que CRISTO REY digo el ansiado: ¡BASTA!

Y llegue a nosotros su Reino. Y nos llegue aun cuando sea viniendo sobre las nubes del cielo.

Antes hemos hablado de aquel viejo cartel en el que se veía un caído y se leía aquella admirable frase: «¡Ante Dios, nunca serás héroe anónimo!».

Pero ya hemos visto que hay algo mejor que todo esto.

Ante el poder colaborar, siquiera sea infinitésimamente, en este empeño, vida nuestra, del advenimiento del Reinado de Cristo, no nos importaría el absoluto anonimato.

Si por un imposible debiéramos, para obtenerlo, así como somos objeto de la incomprensión de tantos —excúsenos la hipérbole—, de la propia incomprensión del mismo Dios: ¡con cuánto gusto, con cuánta felicidad aceptaríamos esta dura condición, si con ello contribuíamos a apresurar su ansiado Triunfo!

Y aun cuando, por un imposible, nosotros no pudiésemos verlo ni en el Cielo.

Creemos que en la divisa de los futuros santos campeará ésta:

EN EL SERVICIO DE DIOS, NO IMPORTA SER HEROE ANONIMO. HASTA PARA DIOS. HASTA CON DIOS. HASTA DE DIOS.

O seo: no importaría nada si, por un imposible, nuestros servicios hubiesen de quedar ignorados de El.

Con tal que con ellos pudiésemos acelerar su Triunfo.

RESPICE STELLAM!!

Pero cerremos estas líneas con otro, con el mejor y más dulce, eficaz Recurso:

María. ¿Quién sino Ella puede conseguir el fruto y la realidad de esta Idea-Fuerza de Cristo Rey, quién más que su Madre, Auxilium Christianorum, «más poderosa que un ejército en orden de batalla»? Ella es la que, en definitiva, quebrantará la cabeza del Enemigo actualmente invencible.

¿Poderosa? ¿Cómo no ha de serlo?

Dios Padre creó el Paraíso para sus escogidos, pero no para su Hijo, quien no podía, en la plenitud de su Divinidad, necesitar para nada de él. ¿Qué son, para El, todas las Galaxias reunidas?

Pero Dios creó (leed a San Bernardo, leed a Grignon de Montfort) para su Hijo, en cambio, su Obra Maestra: una Madre. Quiso que su Hijo gustase, hecho niño, tierno, pequeño, frágil, de las delicias sin límites del regazo de la mejor de las Madres. Creemos que, por gozar de Ella sola, hubiera descendido Cristo a «divinizar» (¡qué divino Canal de la Gracia, el de María!) una humanidad que no hubiese pecado en Adán, tan sólo

para gustar, como infante, de sus mimos maternales, inefable misterio que toda la Eternidad no será bastante para gozar de él. Venir el Hijo de Dios, que no cabe en aquellas citadas Galaxias infinitas, a buscar en la tierra el único Paraíso que podía atraerle: una Madre.

Y en las adversidades y en las tribulaciones, tanto más en estos tenebrosos tiempos, escuchamos, oímos y repetimos el grito de salvación y la señal que nos muestra San Bernardo: **RESPICE STELLAM!! ¡¡MIRA LA ESTRELLA!!**



DAVANT LA IMATGE DEL SACRATISSIM COR DE JESUS

Per Miquel Costa i Llobera

I

—Oh bon Jesús! I per quin nou indici
mostrau clavada en vostre Cor sagrat
aqueixa Creu de dolorós suplici,
en la que un jorn moríreu enclavat?

—Oh fills! Considereu: Jo, qui Déu era
des que, fet home, vaig tenir un Cor,
de cor vaig abraçar la Creu austera,
vostra salut, ma pena i mon tresor.

I aquesta Creu, que és perdurable signe
de ma victòria i de la santa Llei,
senyada la durà, qui es de mi digne,
sobre el seu front, per glòria i per remei.
Mes ai! sens nombre me declaren guerra,
i destrocen ma Llei mos redimits...
Així ma Creu, com una vil desferra,
ells s'arrenquen del front, avergonyits.
els s'arrenquen del front, avergonyits.
I així la Creu, amb nou furor llençada
arreu per infidels i per cristians,
me ve a ferir: per això està clavada
de mon Cor en el fibres palpitants.

II

Oh bon Jesús! La tràgica corona
que us cenyí el cap d'oprobri i de turment,
quin nou misteri de dolor pregon,
vostre Cor dolcíssim estrenyent?

—Oh fills! Si fèrtil es de cards i espines
eixa terra que el cel va maleir,
per a fer-la esclatar en flors divines
jo ses maleses he volgut collir.
Oh vinya meva, en bon terror plantada
del cep que té la saba divinal,

amb ma suor i sang bé t'he regada,
bé t'estavia tota arrel de mal!
Que mes he pogut fer, vinya volguda,
perquè em donasses preuadíssim fruit?
Mes ja en la brusca ton raim se muda
i broster romeguers a cada buit.
Fins, ai!, mos íntims, que formar pareixen
ma corona de goig en pura flor,
també amb misèries sense fi cenyien
de menudes espines aquest Cor.

III

—Oh bon Jesús! La penetrant ferida
que, mort vos feu la llança del soldat,
per què mostrau de fresca sang humida
i oberta en vostre Cor glorificat?

—Oh fills! Quan mort sobre el Calvari estava,
—Què mes amor? —apar que el cel diguès...
Però el meu Cor en aquell punt clamava,
obrint-se traspasat: —ENCARA MÉS!—
A la ferida de maldat més dura
brolla d'aigua i de sang l'efusió;
és que hi ha abismes de pecat i horrura
que provoquen diluvis de perdó.
És que damunt la criatura ingrata
ma gràcia a voltes extremada cau,
i tomba el criminal i l'arravata,
de Saul perseguidor fent-ne Sant Pau...
Brollen d'aquesta llaga aquí desclosa,
excès de redempció, mos Sagraments.
Hi naix l'Església, que es ma verge Esposa,
Eva que es mare d'immortals vivents.
Mes ai! que de ma taula al privilegi
tambè hi ve Judas, que aquí baix no mor...
Mireu fills de ma vida, el sacrifici
es la llençada que em travessa el Cor!

(Pollensa, 22-29 abril 1902)

El Espíritu Santo amor personal del Corazón de Jesús

RICARDO MARIMÓN BATLLÓ, Pbro.

Cuando Pío XII en la encíclica «Haurietis aquas» explicó el contenido simbólico del «Corazón de Jesús», asignó como objeto directo de la devoción el triple amor del Redentor hacia el género humano, a saber, el amor divino, el amor humano espiritual y el amor sensible de Jesús. Se trata, pues, tal como explica la encíclica, de la «caridad divina», del amor de la «voluntad» racional de Cristo, y de su amor o «afecto sensitivo», humano también.

El amor divino del Redentor, nos dice Pío XII, es el «común» con el Padre y el Espíritu Santo. En cuanto al amor humano de su voluntad Pío XII se fijó especialmente en la «ardentísima caridad» de su alma, cuyos actos en Jesucristo están dirigidos e iluminados por su doble y perfectísima ciencia, beatífica e infusa.

En cuanto al amor sensible la encíclica habla poco; alude a su castidad y santidad, y lo llama «perfectísimo».

Nada dice, al parecer, la encíclica del amor «personal» de Jesucristo, el Hijo de Dios, sino sólo de su amor «común» con el Padre y el Espíritu Santo, que es el amor propio de su naturaleza divina, común a toda la Santísima Trinidad.

Y sin embargo al principio de la encíclica habla ya Pío XII de «la caridad divina (que) tiene su primer origen en el Espíritu Santo que es el amor PERSONAL así del Padre como del Hijo en el seno de la Trinidad Augusta». Y bien en-

trada la encíclica repite como doctrina que hay que retener que el Espíritu Santo es el «Amor mutuo PERSONAL, con el cual el Padre ama al Hijo y el Hijo al Padre». Y afirma que «es enviado por ambos, y bajo forma de lenguas de fuego infunde en el alma de los discípulos la abundancia de la caridad divina y de los demás carismas celestiales».

Por consiguiente Pío XII en la encíclica «Haurietis aquas» aunque no de una manera sistemática, sí de manera explícita enseña que Jesús tiene un amor divino «personal» y común con el Padre, que es el mismo Espíritu Santo; y que nos lo envía a los hombres con la caridad divina y con los demás carismas y dones del Espíritu.

Podemos, pues, decir que la devoción al «Corazón de Jesús» comprende también de modo conspicuo al mismo Espíritu Santo, que es el amor «personal» del Hijo de Dios en toda su dimensión trinitaria.

Contrastando esta doctrina con las enseñanzas del Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino en su *Suma Teológica*, encontramos que el Santo distingue un amor «esencial» de Dios, con el que las tres personas divinas se aman por su esencia, perfectísima y común a todas ellas (*S. Th.* 1.^a, q. 32, a. 3; q. 37, a. 2); y un amor «nacional» que es el que nos da a conocer lo que es propio de las divinas personas. Pues bien, tratando de este último se pregunta Santo Tomás «si el Padre y el Hijo se aman por el Espíritu Santo», es decir, ya no por su esencia, sino por la tercera perso-

na de la Trinidad. Su respuesta es afirmativa: «El Padre y el Hijo se aman por el Espíritu Santo, o por el amor que de ellos procede».

Y más, el Santo Doctor sigue y afirma no solamente que el Padre y el Hijo se aman por el Espíritu Santo, sino que añade que nos aman también a nosotros por el mismo Espíritu Santo: «El Padre y el Hijo se aman por el Espíritu Santo, o amor que procede de ellos, a sí mismos y a nosotros» (*S. Th.* 1.^a, q. 37, a. 2). Lo cual lo explica profunda y bellamente en la respuesta *ad 3um*: «Así como el Padre se dice a sí mismo y a todas las criaturas en el Verbo que engendró, en cuanto que el Verbo engendrado representa suficientemente al Padre y a todas las criaturas; así también se ama a sí mismo y a todas las criaturas por el Espíritu Santo, en cuanto que el Espíritu Santo procede como amor de la bondad

primera, según la cual el Padre se ama a sí mismo y a todas las criaturas». Por consiguiente también Jesucristo nocionalmente, o como segunda persona de la Trinidad Divina, nos ama a nosotros y a todas las criaturas en el Espíritu Santo, en cuanto que la bondad nocional o personal divina es el principio por el que nos ama. Y así, el «Corazón de Jesús» designa también al Espíritu Santo, como amor personal trinitario con que nos ama Jesús.

Si vamos a la Sagrada Escritura encontraremos sin duda expresiones que corroboran esta doctrina. Pensemos en San Pablo cuando habla del «Espíritu de Cristo» (Rom. 8,9), o del «Espíritu de su Hijo» (Gal. 4,6). Son expresiones muy fuertes y no pueden ser destituidas de su pleno significado. El Espíritu Santo es el mismo Espíritu de Jesucristo, y por lo tanto es lo más profundo del «Corazón de Jesús».



«Aprended de mí...»

FRAY ANTONIO DE LUGO, O.S.H.

Jesús, Verbo del Padre

Oyendo a Jesús, muchos se maravillaban de sus palabras; «jamás hombre alguno habló como este hombre», decían. El Señor afirmó que su doctrina procedía del Padre, y al exponerla, lo hace «como quien tiene autoridad» según expresión de los mismos judíos. Los Evangelistas refieren el milagro de la multiplicación de los panes, que Jesús hace por dos veces, y que pone de manifiesto, cómo, por oírle, las muchedumbres, le seguían, sin ocuparse del alimento. Sin duda, debía ser delicioso, oír al Divino Maestro. Especial interés tenía, la catequesis con los Apóstoles, exponiéndoles el sentido de las parábolas, con que adoctrinaba al pueblo.

Jesús, Sabiduría increada, es el Verbo o Palabra sustancial, con que, el Padre, eternamente se define; Palabra exhaustiva, que expresa el Ser divino en su eterna plenitud, y en la que, el Padre, contempla su divina esencia. El Hijo, «ab eterno» contempla al Padre, de Quien recibe la misma esencia divina, única e indivisible. El Espíritu de Dios, une en estrecho lazo de amor eterno, y completa la actividad intratrinitaria es decir, la eterna generación del Verbo, y la espiración del Espíritu, que procede del Padre y del Hijo. El Verbo, nos enseña la fe, se hizo hombre. Jesucristo es en efecto, «perfecto Dios y perfecto hombre», como leemos en el «Quicumque», símbolo de fe, atribuido a San Atanasio.

Jesús, Luz eterna

El misterio de Cristo, es misterio de luz; así lo presenta San Juan: «Era la luz verdadera, que viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre» (Jn. 1-9). Ciertamente que Jesús, Verbo del Padre, es Luz increada; Él mismo afirmó: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no camina en tinieblas, sino que tendrá luz de la vida» (Jn. 8-12). En los Libros Sagrados, encontramos fre-

cuentes alusiones a la luz de Cristo, en oposición a las tinieblas del pecado. Él vino, «para iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte» (Lc. 1-79). Sus palabras, alumbran el sendero de la vida, y el que Le escucha, encontrará en ellas un tesoro de valor inapreciable; como el mismo Señor afirmó, «espíritu y vida son» (Jn. 6-63), pues proceden de Dios. En la carta primera de San Juan, encontramos una clara contraposición entre luz y tinieblas. Escribe el Evangelista: «Dios es luz, y en Él no hay tiniebla alguna... Si dijéramos que vivimos en comunión con Él y andamos en tinieblas, mentiríamos y no obramos, según verdad; pero si andamos en la luz, como Él, está en la luz, entonces estamos en comunión, unos con otros... El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, éste, está aun en las tinieblas...» (1.^a Jn. 1-5:7, y 1-9). La Iglesia, en su liturgia, usa con frecuencia el simbolismo de la luz; la Vigilia pascual, es grandemente expresiva, de un modo especial en los ritos y oraciones de la bendición del Cirio, que evoca a Cristo, «verdadera Luz».

La vida cristiana, debe ser luminosa, informada toda ella de la doctrina de la Verdad, y sobre todo, vivificada de savia sobrenatural. Leemos en San Pablo: «Fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz, en el Señor; andad, pues, como hijos de la Luz; el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad...» (Ef. 5-8:10). La luz es portadora de alegría; su presencia levanta el ánimo a Dios, disipa las tinieblas del pecado, y nos afina en la región tranquila de la paz. No podemos confundir las tinieblas en que nos envuelve el pecado, con la «sagrada tiniebla», en que Dios se comunica, y a la vez se oculta, al alma; es la oscuridad de la fe, que, siendo por naturaleza oscura, es a la vez luminosa. Es la noche oscura, «amable, más que la alborada», que cantó San Juan de la Cruz, y es amable, precisamente, porque «juntaste Amado, con amada, amada en el Amado transformada»; es la noche de la fe, y de la purificación del alma, tan nece-

saria, que, sin ella, es impensable, la unión con Dios, por amor, imperfecta, aquí abajo, velada siempre, pero plena y consumada, en el Cielo, donde ya, desaparecerán, los velos que ocultan al Amado, para gozar de su gloria, eternamente.

Jesús, Maestro de la Verdad

En ocasión solemne, dijo Jesús a los suyos: «Me llamáis Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy» (Jn. 13-13); es por tanto, el mismo Maestro, quien se presenta como modelo que debemos imitar, cuando exclama: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt. 11-29). Ciertamente, comenta San Agustín: «no dice aprended de Mí a fabricar el mundo, sino a ser humildes y mansos»; y esto, con su gracia, es posible. La humildad verdadera, atrae las miradas de Dios, porque Dios, leemos en la Escritura Santa, «resiste a los soberbios, pero da su gracia a los humildes»; no se refiere Jesús, a manifestaciones puramente externas de una virtud ficticia; las enseñanzas del Maestro, son mucho más profundas. La soberbia ciega e impide al hombre abrirse a la luz, por eso el Señor, insiste en la humildad de corazón, como fundamento de la purificación interior. ¿No han sido proclamados «bienaventurados, los pobres de espíritu», que no son, sino los verdaderamente humildes, en sentido evangélico? Corre parejas con la humildad, la mansedumbre, que no es lo mismo que apocamiento; la mansedumbre supone dominio de pasiones, y ordenación de las mismas, según las reglas de la razón, ilustrada por la fe, cuando se trata de la mansedumbre cristiana. Ni la humildad ni la mansedumbre, hacen al hombre pusilánime, antes al contrario le ponen en condiciones de acometer grandes empresas. Los humildes y mansos, según Cristo, son inaccesibles al desaliento. «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra», proclamó el Divino Maestro, según leemos en el Santo Evangelio. Bien dijo la Santa de Ávila, que, «humildad, es andar en verdad»; en efecto la verdadera humildad, sitúa al hombre en la verdad de su ser, de cara a Dios, de cara a los demás y de cara a sí mismo; es una actitud, razonable y cristiana, y hace al

hombre, sincero y veraz. La mansedumbre manifiesta al hombre humilde, dueño de sí, verdadero discípulo de Cristo.

El conocimiento de Jesucristo, ilumina el alma del cristiano, y le permite penetrar en lo escondido del mensaje del Señor; conocimiento que despierta hambre y ser de Dios vivo; la lectura reposada del Santo Evangelio ayuda a descubrir, a través de sus páginas inspiradas, la figura del Señor, si nos acercamos a Él, con fe pura y limpia; la oración humilde, sencilla, por lo mismo que es conversación íntima y personal, con Él, comunica nuevos matices, en intercambio silencioso y profundo, que ilumina el entendimiento y mueve la voluntad, a fin de que, con mayor empuje, pueda corresponder, desde su pobreza y pequeñez, a los toques de amor que recibe, en el misterioso silencio de la oración. No se trata de adquirir un conocimiento de Jesucristo, puramente científico, teórico, frío; procuremos sobre todo un conocimiento, que proceda del amor.

Jesús, Camino, Verdad y Vida

Jesús, que es la Verdad esencial, se ha convertido también para nosotros, en el Camino que conduce a ella. En Él, encuentra el hombre la verdadera vida del alma, ya que como enseña San Juan, «Ip Ipso, vita erat» (Jn. 1-3). «Acerquémonos a Él, y seremos iluminados», canta el salmista, y el mismo Maestro, enseña, que, el que Le sigue, «tendrá la luz de la vida», porque, ciertamente, Cristo es luz y es vida, y el que vive en Él, por la Gracia, participa de la Vida. Por esto San Pablo, exhortaba a sus discípulos de Colosas, a «dar gracias a Dios Padre que os ha hecho capaces de participar de la herencia de los santos en la luz» (Col. 1-12). ¿Cómo no agradecer al Padre que, «nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó el reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados» (Col. 1-13)? Recordemos, para terminar, unas palabras, con que exhorta el Apóstol a los de Efeso, a vivir según la luz de Dios: «Despierta, tú que duermes y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo» (Ef. 5-14).

¿SE DEBILITA LA FE?

HABLEN NUESTRAS COSTUMBRES

La fe se describe en la Biblia como un faro, que ilumina los pasos del hombre por el camino de esta vida hacia la eternidad. San Pablo hace de ella un hermoso elogio, y nos presenta como modelos de una vida regida por la fe, a los patriarcas, profetas e ilustres personajes de la antigua alianza (He II, 1-39).

El objeto de esta fe es ante todo *la existencia de Dios, justo remunerador para los que le buscan* (v. 6). Es oportuno recordarlo en estos tiempos en que el ateísmo explícito o larvado lucha por infiltrarse en amplios sectores de la sociedad. Para los israelitas de la antigua ley, era también objeto de su fe la promesa del Mesías y de los bienes con que había de enriquecer a los súbditos de su reino. *No consiguieron gozar de ella*, dice el Apóstol (v. 39), y S. Pedro en su primera carta amplía este pensamiento: *A ellos, dice, les fue revelado que no realizaban este servicio* (de profetizar) *en favor de ellos mismos, sino para vosotros* (los cristianos). *Y estas cosas* (las predichas por los profetas) *han sido anunciadas ahora por los que os han evangelizado guiados por el Espíritu Santo* (1.12).

Que todo lo contenido en el Antiguo Testamento tiene como meta los tiempos mesiánicos y que los profetas ardían en deseos de gozar de los tiempos felices, que nos toca vivir a nosotros, se repite en fervorosas aspiraciones de los Salmistas y profetas y lo expresó claramente el mismo Cristo cuando dijo: *Yo os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver las cosas que vosotros veis, y no las vieron, y oír las cosas que vosotros oís, y no las oyeron* (Mt. 13,17).

Toda la revelación contenida en lo que S. Pablo llama depósito de nuestra fe, es objeto de la fe cristiana. Seguir sus caminos, es caminar como hijos de la luz (Ef. 5,8), la cual lleva consigo el conocimiento y aceptación de la doctrina de Cristo, que conduce al hombre a la santidad de vida y a la felicidad.

Por el contrario, la vida, que no se acomoda a los principios de la fe, se compara en la Escritura a las tinieblas, símbolo de la ignorancia, del error,

del pecado y de la desgracia. Así S. Pablo dice a los efesios: *Fuisteis un tiempo* (antes de su conversión) *tinieblas, y ahora sois luz en el Señor* (5,8). Y a los fieles de Tesalónica en su primera carta: *Sois hijos de la luz, e hijos del día. No somos de la noche, ni de las tinieblas* (5,5). Hijos de la luz son los que viven conforme a la voluntad de Dios, a la fe, que profesan en Cristo, que es luz; así como hijos de las tinieblas son los que, apartándose de los caminos que señala la revelación evangélica, se precipitan en el abismo del pecado.

La relación que existe entre la fe y las costumbres, la puso de relieve el mismo Cristo cuando dijo: *Dios no envió al mundo a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él; pero el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. y ésta es la condenación; que la luz vino al mundo y los hombres amaron más, las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas* (Jn. 4,17-19).

La fe supone una entrega total a Cristo. Es conocimiento, aceptación y práctica de su doctrina. Esta fe, a la que acompañan las buenas obras, es incompatible con la condenación, es decir, lleva indefectiblemente a la salvación eterna.

Por el contrario, las malas costumbres entenebrecen la fe y sumergen al hombre en las tinieblas de una vida pecaminosa, favorecida por el ambiente materialista en que se mueve, por los falsos criterios porque se rige, por la indiferencia religiosa o irreligiosidad que profesa. De este modo se amortigua en su espíritu la fe, en que tal vez fue instruido durante su infancia y juventud. Fe y costumbres están tan estrechamente unidas entre sí, como el timonel con su barca. Los que abandonan las buenas costumbres, se estrellan en los arrecifes del vicio y *naufragan también en la fe*. Lo afirma expresamente S. Pablo: *Por haber repudiado la buena conciencia* (es decir, las buenas costumbres) *algunos naufragaron en la fe* (Iti 1,19).

La experiencia confirma que los errores en

doctrinas religiosas, tienen con frecuencia su raíz en causas inconfesables de conciencia, más que en argumentos de razón. Basta traer a la memoria las apostasías de todos los tiempos y las que por desgracia presenciamos también en nuestros días. En una palabra: la pérdida, o debilitación de la fe, es generalmente consecuencia de la perversidad de costumbres.

S. Pablo detalla los vicios que más influyen en la pérdida de la fe y los sintetiza en estos dos: el amor al dinero y a las comodidades de la vida, y el desenfreno de la concupiscencia carnal. *El amor al dinero*, dice en su primera carta a Timoteo, *es raíz de todos los males; por afanarse tras él, se extraviaron algunos lejos de la fe* (6,10).

Y en la carta segunda a Timoteo, predice tiempos futuros difíciles para la fe y las buenas costumbres, *porque los hombres serán egoístas, interesados, altivos, orgullosos, maldicientes, rebeldes a los padres, ingratos, irreligiosos, sin sen-*

timientos de amistad ni de lealtad, calumniadores, disolutos, inhumanos, enemigos de todo lo bueno, traidores, temerarios, obcecados, más amigos de los placeres que de Dios (3,1-4). De todos éstos, dice más adelante, *que son hombres de mente corrompida, descalificados en la fe* (v. 8).

Al naufragio de la fe preceden, según el Apóstol, las borrascas de las pasiones mal dominadas, los escollos de los vicios fomentados por los atractivos de la vida mundana, la desorientación en los criterios de la vida moral cristiana, en suma, la perversión del corazón.

Estos pensamientos del Apóstol, unos invitan a reflexionar sobre la desorientación, inquietudes, espíritu de crítica y rebeldía, que hoy perturban a algunos sectores de nuestra sociedad. Contra todos estos peligros porque atraviesa la paz social, nos aconseja S. Pablo: *Tened siempre en la mano el escudo de la fe, con el cual podréis apagar los dardos inflamados del enemigo* (Ef.

YO SOY LA LUZ DEL MUNDO

(Jn. 8, 12; 9, 5)

A Dios se le describe en algunos pasajes del Antiguo Testamento como luz que guía al hombre por el camino de la verdad y de la justicia. *Dios es mi luz y mi salvación*, dice el Salmista (26, 1). Luz es también su palabra y su ley: *Antorcha para mis pasos es tu palabra y faro para mi camino* (118, 105).

La luz simboliza el conjunto de bienes, que por la salvación mesiánica esperaba el pueblo de Dios confiado en las promesas que Dios le había hecho por sus profetas. Más aún, a la misma persona del Mesías se la describe con la imagen de la luz. Así Isaías le predice como *luz brillante* (9, 2), *luz de las naciones* (42, 6). Y Malaquías le llama *sol de justicia* (3, 20) aludiendo a la intervención salvadora de Dios, enviando al Mesías y manifestando así su fidelidad para con su pueblo. Miqueas, previendo la restauración espiritual de su pueblo, que había de llevar a cabo el Mesías, exclama: *El Señor es mi luz... El me conducirá a la luz y yo veré su justicia* (7, 8, 9). Dios iluminará las tinieblas en que se ve envuelto el mundo

y conducirá a los hombres a la luz, es decir, a la liberación redentora que traerá el Mesías.

Conceptos ya más próximos a la revelación del Nuevo Testamento nos ofrecen los libros sapienciales. De la Sabiduría personificada se dice que es *reverbero, o destello de la luz eterna* (Sab. 7, 26). *Comparada con la luz, la supera en claridad, pues a la luz sucede la noche, pero contra la Sabiduría no prevalece la maldad* (v. 29). Cristo, según San Pablo, es *poder y Sabiduría de Dios para los llamados, sean judíos o griegos* (I, Co. 1, 24). De esta sabiduría hace una descripción detallada el libro de los Proverbios. Su origen es de Dios, de quien procede por generación (8, 21-24), existe antes que todas las cosas, que han sido creadas por ella (vv. 24-30). Invita a los hombres a escuchar sus enseñanzas y llama bienaventurado al que iluminado por su luz sigue sus caminos (vv. 31-32).

Muy parecida es la descripción que leemos en el Eclesiástico, cuyo autor insiste sobre todo en las lecciones de índole moral, que la Sabiduría

da a todos los hombres. Ambos libros nos colocan ya en los umbrales mismos del Nuevo Testamento. El Verbo, que existía en el principio, estaba en Dios, era Dios por quien existen todas las cosas, era ya, antes de tomar nuestra naturaleza humana, *luz de los hombres: La luz verdadera existía, la que ilumina a todo hombre que viene al mundo* (Jn. 1, 1-9). Es la Sabiduría del Padre, que intuyeron y personificaron los autores sapienciales del Antiguo Testamento.

Precisamente con este fin de acercarse más a los hombres para iluminarlos más de cerca, se hizo hombre y fijó entre nosotros su tienda (Jn. 1, 14). Lo dijo él mismo: *Dios no ha enviado al Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él... El que obra el bien viene a la luz* (Cristo), *para que se vea que sus obras están hechas según Dios* (Jn. 3, 17-21). Como luz le saludaron ya Zacarías, padre del Bautista (Lc. 1, 79) y el anciano Simeón (Lc. 2, 32). Luz se proclamó a sí mismo, invitando a todos a seguirle para salir del mundo del pecado y entrar en la luz de la vida: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida* (Jn. 8, 12). Y antes de curar al ciego de nacimiento exclamó: *Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo* (Jn. 9, 5). Con el ejemplo de su santísima vida y su predicación, iluminaba a cuantos recibían con fe sus enseñanzas y las ponían en práctica.

Por eso, próximo ya a su pasión exhortaba a sus oyentes: *Todavía un poco de tiempo estará la luz entre vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, y que no os sorprenda la oscuridad. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz* (Jn. 12, 35, 36). Su presencia visible y su ministerio personal iban a terminar. Pero Cristo sigue viviendo entre nosotros en su Iglesia, «de la que se sirve como de instrumento de la redención universal y la envía a todo el universo, como luz del mundo y sal de la tierra» (Concilio Vaticano II, Const. sobre la Iglesia, núm. 9). Caminar tras esta luz es hacerse por la fe discípulos de Cristo, abrazando sus doctrinas y practicándolas.

Efectivamente, *Yo he venido*, dice Cristo, *para iluminar al mundo, para que todo el que cree en mí no quede en las tinieblas* (Jn. 12, 46). Todos los que sigan los destellos de esta luz son llamados *hijos de la luz*. *Somos hijos de la luz*, decía San Pablo (I, Tes. 5, 5), y a los de Éfeso: *Caminad*

como hijos de la luz (5, 8). Quiere el Apóstol que el cristiano brille *como astro en el mundo* (Fil. 2, 15). Esta luz penetra en lo más íntimo de los corazones de los hombres que la reciben: Dios, que dijo *«De en medio de las tinieblas brillará LA LUZ», él es quien resplandeció en nuestros corazones para que brille el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en la faz de Cristo* (2 Co. 4, 7).

En la naturaleza humana de Cristo se refleja la luz creadora del Evangelio, que penetra por la predicación en el alma del oyente y le ilumina. De él dijo San Pablo que era *resplandor de la gloria de Dios y marca o sello de su sustancia* (He. 1, 3).

San Lucas distingue también entre *los hijos de este mundo* los que con sus máximas y obras sólo viven para los intereses terrenos, y *los hijos de la luz*, los que se dejan guiar por el resplandor que irradia de Cristo y de su doctrina (16, 8). San Juan en su primera carta especifica este principio aplicándole a la caridad fraterna, fundado tal vez en el que establece San Pablo: *Quien ama al prójimo, ha cumplido la ley* (Ro. 13, 8). Según él, la práctica de la caridad fraterna es garantía de estar dentro de la luz. *El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está todavía en las tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz y no hay en él tropiezo* (2, 9, 10). Las tinieblas eran los errores y vicios del paganismo, la incredulidad y rebeldía de los judíos, y son y serán siempre los desórdenes de la vida licenciosa, opuestos a la luz del Evangelio, que son el tropiezo que hace caer a los hombres.

En cambio, el ejercicio de la caridad fraterna, tal como la practicó Cristo y enseñó insistentemente en su predicación, es la luz, que debiera iluminar siempre a todos los hombres. El amor propio, el egoísmo y el apego a los bienes pasajeros de la tierra son las tinieblas que oscurecen esta luz y no la permiten ejercer su actividad benéfica en cada uno de los hombres, en la familia y en la sociedad. Con razón el Concilio Vaticano II, después de enumerar las cuestiones más espinosas, que preocupan hoy al mundo entero, concluye: «Sobre cada una de ellas debe resplandecer la luz de los principios que brotan de Cristo, para guiar a los cristianos e iluminar a todos los hombres en la búsqueda de solución a tantos y tan complejos problemas». (Const. sobre la Iglesia en el mundo actual, núm. 46).

SEMBLANZA BIBLICA DEL SACERDOTE

En el volumen tercero de mi obra «Cultura Bíblica y Religiosa», (con motivo de mis bodas de oro sacerdotales) dediqué las dos primeras secciones al sacerdocio y a los títulos de Cristo afines al de Sumo Sacerdote (págs. 11-71). Me sirvieron de base en aquellos estudios los seis libros clásicos de San Juan Crisóstomo sobre el sacerdocio, la Encíclica «Ad catholici Sacerdotii» de Pío XI, los decretos del Concilio Vaticano II sobre el ministerio y la vida de los presbíteros y la formación sacerdotal y algunos testimonios de los últimos Papas.

Los límites del presente estudio van indicados en su título. Entresaco de mis anteriores investigaciones aquellos pasajes del Nuevo Testamento, singularmente de las cartas de San Pablo en que directa o indirectamente se describen los rasgos que deben caracterizar la vida de un sacerdote de Cristo. El fundamento de los principios aquí expuestos es la palabra de Dios, de la cual afirma el Apóstol San Pedro en su primera carta que *permanece para siempre*, I, 25).

La excelencia y dignidad del sacerdocio se traslucen ya en las palabras que Cristo dijo a los Apóstoles en la última cena: *No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca* (Jn. 15, 16). Cada sacerdote puede acoger estas palabras como dichas a él. De Cristo ha recibido la llamada a ejercitar este sublime ministerio. Es lo mismo que insinúa la carta a los Hebreos: *Todo sacerdote, tomado de entre los hombres, está puesto en favor de los hombres en las cosas tocantes a Dios* (5, 1). Por ser elegido entre los hombres, con distinción privilegiada, se halla colocado en un puesto superior a los demás, como representante y mediador de ellos ante Dios en beneficio de todos, no sólo en el personal propio. Ha sido escogido para continuar la obra redentora de Cristo sobre la tierra. Por eso añade el autor sagrado: *en las cosas tocantes a Dios*, palabras que especifican y limitan el campo del oficio sacerdotal.

Entre las cosas tocantes a Dios, la más trascendental es sin duda el poder que comunicó a sus Apóstoles y en ellos a los sacerdotes de su Iglesia cuando en la última cena, después que consagró el pan y el vino, les dijo: *Haced esto en memoria mía* (Lc. 22, 19; I, Co., 11, 25). Este poder sobre el mismo cuerpo de Cristo es el que pone más de relieve la excelencia y dignidad del sacerdocio.

Poder que se extiende también al cuerpo místico de Cristo, su Iglesia Santa. El sacerdote, dice San Pablo, *es dispensador de los misterios de Dios* (I, Co. 4, 1), es decir, el encargado de distribuir por los miembros de este cuerpo la vida sobrenatural, que se nos comunica principalmente por medio de los sacramentos. Entre ellos, después de la Eucaristía, ocupa un lugar destacado la penitencia. Dios concede a los sacerdotes la facultad de perdonar los pecados: *Lo que atáreis en la tierra, atado será en el cielo, y lo que desatáreis en la tierra, será desatado en el cielo* (Mt. 18, 18; Jn. 20, 23). En una palabra, el sacerdote hace aquí en la tierra las veces de Cristo.

Ha de regular por lo tanto su vida procurando imitar a su divino Maestro. El Apóstol San Pablo, en sus cartas pastorales describe con detalle la santidad y virtudes de que ha de estar revestido el sacerdote de la nueva ley. A su discípulo Tito le manda que *establezca en cada ciudad presbíteros irreprochables, hombres de Dios, justos, santos, dueños de sí mismos* (1, 5-8). Y poco después le exhorta a que él mismo se muestre *dalente de todos, modelo de buenas obras, de integridad, gravedad en la doctrina, de palabra sana, irreprochable, para que el enemigo sea confundido y no tenga nada malo que decir de nosotros* (2, 7, 8).

Parecido es el consejo que da a Timoteo en su primera carta: *Procura ser un modelo de los fieles en la palabra, en la conducta, en la caridad, en la pureza* (4, 12). En una palabra, que sólo el mirarle infunda deseos de imitar su modo de proceder. Así fueron los fieles de Tesalónica, de los que dice el Apóstol: *Vosotros os hicisteis imita-*

dores nuestros y del Señor, abrazando la palabra entre tribulaciones múltiples con el gozo del Espíritu Santo. Así os habéis convertido en modelo de todos los cristianos (I, Tes. 1, 6, 7). El sacerdote ha de ser modelo de los fieles con quienes trata, en su modo de hablar digno de un sacerdote de Cristo, y en todo su porte exterior, fundado en la caridad. La pureza que aquí recomienda el Apóstol no es únicamente la castidad, sino la abstinencia de todo aquello que puede desagradar a Dios y ser causa de escándalo para los fieles.

San Pablo especifica más su pensamiento sobre la santidad del sacerdote, enumerando algunas de las virtudes que deben adornar su espíritu. *Pero tú, hombre de Dios, dice a Timoteo, camina tras la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la dulzura* (I, Ti. 6, 11). Le recomienda la justicia, en un sentido amplio, es decir, la rectitud en su conducta y en sus relaciones con todos; *la fe sincera*, que admite sin vacilación todo el contenido de la revelación evangélica y lo pone en práctica por la caridad. A todo lo cual añade la paciencia en las adversidades y contradicciones de la vida, y finalmente *la dulzura y mansedumbre, imitando al Señor*, que dijo: *Dejaos instruir por mí, porque soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 29).

Insiste el Apóstol en la segunda carta a Timoteo: *Un siervo del Señor no debe altercar, sino ser dulce con todos, dispuesto a enseñar, sufrido en las incomprendiones, que eduque con dulzura a los recalcitrantes, por si Dios les muda el corazón a fin de que reconozcan la verdad y recobren su buen sentido fuera de las redes de Satanás* (2, 24-26).

Resumiendo el pensamiento del Apóstol: el sacerdote ha de distinguirse por su caridad con todos, su dulzura en el trato, su paciencia en las contrariedades, su prudencia en las obras y en las palabras, su piedad y trato íntimo con Dios. *Entrenate en la piedad, dice a Timoteo* (I, Ti. 4 7) como los atletas se entrenaban con ejercicios duros para ganar un triunfo temporal. La piedad es útil para todo: para el presente y para el futuro, pues Dios la ha prometido bienes en esta vida y la gloria eterna en la futura. *El ejercicio corporal vale para poco, mientras que la piedad es útil desde todo punto de vista, pues tiene promesa de vida, tanto en la presente, como en la futura* (I, Ti. 4, 8).

EL SACERDOTE MAESTRO Y PREDICADOR

DEL EVANGELIO. — Este es uno de sus principales ministerios, como enseña San Pablo en numerosos pasajes de sus cartas. El mismo confiesa de sí haber recibido por boca del mismo Cristo este encargo, que tomó como una obligación y deber moral, al que se sentía estrechamente ligado y pesaba sobre su conciencia. *Predicar el Evangelio no es para mí gloria alguna; es una obligación que me incumbe. ¡Ay de mí, si no predicara el Evangelio! Si yo hago esto por mi propia voluntad, merezco recompensa, pero si lo hago independientemente de mi voluntad, es una misión que se me ha confiado* (I, Co. 9, 16, 17).

A sus colaboradores les recuerda esta obligación, que han contraído con Cristo y con su Iglesia. A Timoteo le exhorta a que *haga labor de evangelista* (2, Ti. 4, 5), para lo cual ha de aprovechar todas las ocasiones que se le presenten: *Predica la palabra, insiste oportuna e importunamente, convence, reprende, exhorta con toda longanimidad y doctrina* (2, Ti. 4, 2). Y este ministerio ha de ejercitarle con suma diligencia: *Pon todo cuidado en la lectura, en la exhortación, en la enseñanza* (I, Ti. 4, 13). Alude a los actos litúrgicos, que solían acompañar a la predicación y que el cristianismo había tomado de los que los judíos usaban en sus sinagogas. Primero, la lectura de una sección de la Escritura, a la que seguía una alocución moral, que terminaba con la exposición doctrinal del texto que se había leído.

A Tito le advierte que los presbíteros que elija se atengan en su predicación a la doctrina verdadera, conforme a la que han transmitido los Apóstoles. Los sacerdotes en sus homilias han de mantenerse *aferrados a la doctrina digna de fe* (1, 9). *Tú, le dice, di lo que es conforme a la sana doctrina* (2, 1). Esta es la contenida en el depósito tanto doctrinal como moral, que Timoteo debía guardar con toda fidelidad (I, Ti. 6, 20).

PELIGROS QUE EL SACERDOTE HA DE EVITAR. — San Pablo en su primera carta a los Tesalonicenses, al describir las características de su apostolado, indica los escollos que ha evitado en su predicación. *Nuestra predicación no nace ni de error, ni de concupiscencia, ni es engañosa. Nunca hablamos por adulación, como sabéis, ni por codicia, Dios es testigo; ni buscamos gloria humana, ni de vosotros, ni de otros* (2, 5, 6). Excluye tres vicios, que podrían hacer infructuoso su ministerio apostólico: *el error*, es decir, toda enseñanza contraria a la de Cristo contenida en los Evangelios; *la concupiscencia*, o codicia de dinero o bie-

nes temporales, y finalmente *la gloria y honor del mundo*.

En la primera carta a Timoteo insiste en que el sacerdote no sea *ni bebedor, ni pendenciero, ni apegado al dinero* (3, 4); debilidades indignas de quien ha de ser modelo y ejemplo de su rebaño. Ha de gozar además de buena reputación ante los de fuera, para que él y su doctrina no caigan en descrédito. Insiste de nuevo en los desastrosos efectos que el amor al dinero puede producir en el ánimo de los fieles. *Los que se quieren enriquecer, caen en la tentación y en el lazo y en multitud de codicias insensatas y funestas, que hundan a los hombres en la ruina y en la perdición. En efecto, el amor al dinero es raíz de todos los males. Por afanarse tras él, se extraviaron algunos lejos de la fe y se traspasaron a ellos mismos con innumerables dolores* (6, 9, 11).

Difícilmente pueden expresarse con más relieve los desastrosos efectos del amor al dinero. Los bienes temporales no hacen al hombre feliz; buscados con ansia son funestos para la vida del espíritu, raíz de muchos males en el orden temporal y sobre todo en el espiritual. El más grave de todos es la debilitación o pérdida de la fe, del que se sigue el abandono de las prácticas religiosas, que abre la puerta a todo género de vicios.

En la carta a Tito señala el Apóstol cinco vicios, que el sacerdote ha de evitar. *No ha de ser arrogante, ni colérico, ni dado al vino, ni pendencioso, ni ávido del sórdido interés* (1, 7). La arrogancia y la presunción llevan fácilmente al desprecio de los demás y a dejarse dominar por la

ira cuando las cosas no salen conforme a nuestros gustos. Si a esto se añade el afán de enriquecerse, fácil es comprender el daño que semejante modo de proceder causa en el ánimo de los fieles.

También el Apóstol an Pedro en su primera carta insiste en la necesidad de que el sacerdote ejercite su ministerio libre de todo apego a los bienes de la tierra. *Apacentad la grey de Dios encomendada a vosotros, vigilando no por coacción, sino de buen grado, según Dios; no por vil interés, sino de corazón; no tiranizando a vuestras Iglesias, sino haciéndoos modelo de la grey; y cuando aparezca el Pastor Supremo, conseguiréis la corona inmarcesible de la gloria* (5, 2-4). Compara el oficio del sacerdote al del pastor, quien debe vigilar por el bien de sus ovejas, *no por coacción*, es decir, con disgusto y limitándose a cumplir con lo indispensable, *ni por vil ganancia*, sino imitando al Supremo y verdadero Pastor de las almas, dispuesto *a dar la vida por sus ovejas* (Jn. 10, 11).

Este retrato bíblico del sacerdote de Cristo, calcado sobre la imagen del buen Pastor tal como se describió a sí mismo en el Evangelio de San Juan (10, 11-18), debe ser el espejo en que el sacerdote se mire con frecuencia para imitar a su modelo. A esta imitación nos anima San Pablo cuando escribe en su primera carta a los Corintios: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo* (II, 1).

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. J.